

La Esfera

27 Enero 1917

Año IV.—Núm. 161

ILUSTRACION MUNDIAL



EL FAVORITO, cuadro de Cecilio Plá

DE LA VIDA QUE PASA
EL INSTITUTO NOBEL, LA PAZ Y LA JUSTICIA

El secretario del Instituto Nobel, que es un noruego llamado Moe, ha dicho públicamente en un discurso pronunciado en París, que, á juicio suyo, es esencial que la guerra continúe hasta que se asegure la victoria de los principios por los que están luchando los aliados. Ello ha provocado en la Prensa escandinava una polémica no exenta de interés.

El lector se extrañará, en primer término, de que sea un noruego, y no un sueco, el secretario del Instituto Nobel. Ello depende de la constitución del Instituto. Cuando murió Nobel, dejó un legado de unos 42 millones de pesetas para que su renta se repartiese en cinco premios anuales para las personas que más se distinguiesen: 1.º, en Física; 2.º, en Química; 3.º, en Fisiología ó Medicina; 4.º, en Literatura de carácter idealista, y 5.º, en la causa de la paz universal. Pero Nobel dispuso que los cuatro primeros premios fuesen adjudicados por las Academias de Suecia, mientras que el quinto ha de serlo por el Storting ó Cámara legislativa de Noruega.

Nobel era sueco, y ello hace más significativo su legado. Suecia es un país donde la aristocracia territorial de sangre guerrera conserva buena parte de su antiguo poder y mantiene vivo el recuerdo de las glorias militares del país. Las Academias de Suecia son de fundación real—siglo XVIII, despotismo ilustrado—y de tradición también aristocrática.

Nobel creyó que podía confiar los negociados de la Física, la Química, la Medicina y la Literatura idealista á las Academias aristocráticas de Suecia, pero el negociado de la paz se lo reservó para los noruegos, pueblo pequeño, sin ambiciones militares y casi sin recuerdos guerreros, porque su antigua aristocracia militar, nunca muy poderosa, ha desaparecido hace tiempo y se ha fundido totalmente en la masa de la población.

Noruega es actualmente uno de los pueblos más homogéneos del mundo. Como abolió definitivamente en 1821 los títulos de nobleza, no tiene aristocracia de la sangre, no tiene tampoco judíos, no tiene millonarios; tampoco tiene pobres, tampoco extranjeros, como no sean «turistas», y tampoco hay apenas quien disienta de la religión oficial, que es la luterana. Ello nos explica, de una parte, su absoluta democracia, y de la otra, el teatro de Ibsen, porque un pueblo que carece de problemas externos, es decir, de problemas que surjan de la diversidad tradicional de otros hombres con los que hemos de tener trato, tiene que dedicarse casi exclusivamente, si es un pueblo culto, á crearse problemas internos, es decir, problemas que nacen de las perplejidades de nuestra propia conciencia.

Esta serie de circunstancias debió ser lo que indujo á Nobel á poner en manos de los noruegos y no de los suecos, la adjudicación del premio de la paz. Sin duda pensó el inventor de la dinamita que el progreso de las ciencias y las letras puede confiarse á una aristocracia, como



La medalla Nobel

la que gobierna á Suecia, pero que el cuidado de la paz sólo se puede confiar á una democracia pura, como la que gobierna en Noruega.

Pero ya hemos visto lo que opina el secretario Sr. Moe. La cuestión de la justicia debe ser el principio dominante en el esfuerzo hacia la paz, y consecuente con este punto de vista, combate una paz prematura, porque, á su juicio, resultaría injusta. Según Moe, es deber de los aliados continuar la guerra hasta asegurar el prevalecimiento de aquellos principios que hacen de esta lucha, por sanguinaria que sea, «la más razonable de las guerras».

Un periódico noruego, el *Dagbladet*, ha dicho al Sr. Moe que, por mucho que puedan reprobarse los atentados de Alemania, el principio fundamental del Instituto Nobel es el de que la guerra es «una abominación que debe ser combatida por otros medios», y su secretario debe buscar la justicia por otros medios que no sean el completo aplastamiento de Alemania por la guerra. Buscando una paz justa por el camino de la guerra, es como un clérigo de la Iglesia del Estado que abogase desde el púlpito por el librepensamiento.

Un abogado é historiador noruego, el señor Worm-Müller, ha salido inmediatamente á la defensa del secretario Sr. Moe, para decir:

1.º No se trata de «aplastar» á Alemania. Es Alemania la que ha aplastado á Bélgica, Luxemburgo, el Norte de Francia, Polonia, Lituania, Curlandia, Serbia, Montenegro, está ahora aplastando Rumanía y sigue hablando, por la pluma de sus estadistas, de sus aspiraciones á poder mundial (véase el libro del Príncipe Bulow).

2.º No se ve otro camino que el de la victoria de los aliados para que se pueda establecer una paz justa. Sólo los socialistas alemanes han ha-

blado contra la anexión de Bélgica, pero no contra la anexión de parte de Serbia. A la hora actual no hay un solo partido político alemán que no tenga como programa el ensanchamiento de las fronteras del Imperio.

3.º Sean cualesquiera los motivos de los aliados, es un hecho que están luchando por la santidad de los tratados y por el principio de las nacionalidades.

4.º No es verdad que el Instituto Nobel se haya fundado para defender á una paz fundada en la opresión, como la que reina en los presidios. Esa paz opresiva no es más que una caricatura de la paz y conduce necesariamente á nuevas guerras. La misión del Instituto Nobel es fomentar la paz verdadera, que es la paz fundada en la justicia.

5.º El secretario del Instituto Nobel debe favorecer las ideas de mediación, arbitraje y negociación. El Sr. Moe no se opone á la mediación. Lo que dice es que la mediación de los neutrales se debe fundar en la justicia, y lo que reprocha á los neutrales es precisamente el no haber mediado en defensa de la justicia atropellada.

6.º En la situación actual, la mediación de los neutrales es imposible, porque los neutrales no han sabido unirse para este efecto, y porque si los neutrales quisieran defender la justicia, su acción sería considerada hostil por Alemania, mientras que si quisieran defender meramente la paz, y no la justicia, su acción sería considerada hostil por los aliados.

7.º Habiendo declarado los Gobiernos escandinavos que no se proponen actuar como mediadores, no queda otro camino abierto, si se ha de salvar el principio de justicia en el mundo, que continuar la guerra hasta que Alemania se declare dispuesta á aceptar la mediación basada en el principio de justicia.

Y 8.º El secretario del Instituto Nobel no puede tener otro punto de vista. Es consecuencia lógica de su amor á una paz que sea justa. El Sr. Moe mantiene el derecho defensivo como el mejor amigo de la paz. El Instituto Nobel no puede ser neutral en un conflicto entre la justicia y la injusticia. Fué fundado precisamente para que pudiera alzarse en el mundo una voz imparcial y no contaminada por anhelos de conquista.

Así se ha expresado el historiador noruego señor Worm-Müller en su defensa del Instituto Nobel. No he hecho más que repetir fielmente sus conceptos. Pero no son ellos los que más importan. Lo que importa ante todo es la actitud del Instituto Nobel. Hay algo más importante que la paz, y es la justicia.

Al hacer su bandera de esta afirmación fundamental, ha dado el golpe de muerte á todas las ineptias y debilidades de todos aquellos pacifistas que preferían la paz de Varsovia á la heroica y obligatoria lucha por el bien.

RAMIRO DE MAEZTU

GLOSARIO DEL MOMENTO

Flota al viento la capa blanca del capitán,
 ungidos por la gloria los estandartes van;
 en la aldea arrasada tristes todos están;
 este año á sangre humana nos va á saber el pan.

Pasa por los senderos, como un gran resplandor,
 la capa blanca del Emperador;
 la Catedral de Reims le contará á la Historia
 el sarcasmo sangriento de su gloria.

No importa que las hordas pasen como un torrente,
 dejando un hondo surco de sangre y de crueldad;
 el encaje de piedra vivirá eternamente,
 porque es la Gracia y la Inmortalidad.



No es Germania romántica: Goethe, Heine y Bethoven
 bebieron la armonía de las linfas castalias;
 es Atila membrudo, es el bárbaro joven
 como un fantasma antiguo que retorna á las Galias.

Es Mercurio, el bellaco, quien enciende la guerra,
 suya es la gloria roja de este bélico lance;
 por la Flandes en ruinas vaga Alberto. Sin Tierra,
 bello nombre bien digno del lauro y del romance.

¡Oh, el honor y la Gloria y el laurel! Los arados
 entre fango de sangre sus surcos abrirán;
 cara á luna, duermen millones de soldados,
 y este año á sangre humana nos va á saber el pan.

Emilio CARRÉRE

LA ESFERA
NOTAS DE LA REALEZA



UN NUEVO RETRATO DE S. M. LA REINA DOÑA VICTORIA, OBTENIDO RECIENTEMENTE DURANTE UNO DE SUS PASEOS
Á CABALLO POR LA CASA DE CAMPO

FOT. MARÍN

LA ESFERA

PAISAJES MADRILEÑOS



UN RINCÓN DEL ESTANQUE DEL RETIRO, cuadro de Ricardo Verdugo Landi

MUJERES INTELLECTUALES

CAROLINA CORONADO

NINGUNA figura de mujer tan interesante en la literatura española como la de Carolina Coronado. Ella legitimó la inclinación literaria de la mujer hasta el límite que hoy tiene; fué intrépida, decidida, y se apasionó del arte con una pasión literaria y fervorosa.

La característica de los libros de esta mujer es la exuberancia, la ilusión, el transporte lírico. Todo en ella fué espontáneo, llenó de frescura, un perfume de originalidad encantadora, un perfume que en casi todas las obras de las otras mujeres ha perdido intensidad. Era la improvisadora. Cuando la iluminaba una idea, cuando una cosa la esclumbraba ó la ensombrecía, se sentaba ante el papel y escribía unos versos. Aun hemos oído hablar con asombro á algún viejo superviviente de su época, de aquella condición rápida y maravillosa de Carolina Coronado, de aquellas improvisaciones hechas á la vista de todos. Se sentaba y de una vez escribía una poesía perfecta, como un Beethoven que repentizase en el piano una sonata original. Verdaderamente, era un cerebro privilegiado, construido definitivamente por la Naturaleza con toda la fatalidad de su estro poético.

Toda la vida de Carolina Coronado estuvo henchida de una pasión honesta, pero fervorosa, por la vida. Fué como una heroína de novela, que al no poderse revelar completamente en la vida, hubiera escrito la heroicidad lírica y fastuosa de su alma, revelando de vez en cuando en sus hechos la bravura de heroína que había en ella.

Espronceda tuvo la revelación de su temperamento admirable y le dedicó la sabia poesía:

*Dicen que tienes trece primaveras
y eres portento de hermosura ya,
y que en tus grandes ojos reverberas
la lumbré de los astros inmortal.*

*Juro á tus plantas que insensato he sido
de placer en placer corriendo en pos,
cuando en el mismo valle hemos nacido,
niña gentil, para adorarnos, dos.*

*Torrentes brota de armonía el alma:
huyamos á los bosque á cantar,*



CAROLINA CORONADO
á los veinte años

*dénos la sombra tu inocente palma
y reposo tu virgen soledad (1).*

Carolina Coronado fué, sobre todo, una mujer, una mujer en la más profunda acepción de la palabra, en sus amores y en sus empresas. Por ser tan mujer se atrevía, cuando no la había influenciado todavía la gazmoñería de su época, á escribir *El paralelo de Santa Teresa y Safo*, esa obra á la que después rechazó, pero de la que no pudo estirpar la memoria del título, que se conserva en la galería de los grandes aciertos del pensamiento. Sólo una mujer podía haber visto con tanta claridad ese paralelo tan excesivamente humano.

En sus amores fué terrible. Salvó á sus amigos cien veces de los peligros. Los revolucionarios de aquella época tenían amparo en su casa, y alguna vez se interpuso en el despacho de un ministro entre la crueldad de la Justicia y la grandeza de algún reo.

Por sus hijos tuvo un cariño febril é inusitado. Ella consiguió salvar á sus hijos muertos y más tarde á su marido, del olvido de una fosa, manteniendo sus cadáveres bajo su guardia. Cerró su casa de la calle de Alcalá, sin tocar á un mueble, y lo abandonó todo tal como estaba cuando la dejaron sus muertos, y fué á esconderse en una quinta, cercana á Cintra, entre árboles y flores, morada digna de la gran artista.

Yo no puedo verla sin la obsesión de esas anécdotas fuertes y fervorosas de sus muertos. La veo llevándolos consigo, abrazada á ellos, transportándolos con un romanticismo invencible que no se resigna con lo inevitable y sabe triunfar de la misma muerte.

El ambiente aristocrático en que la envolvieron todos los homenajes, el ambiente severo y distin-

guido en que la retuvo el haberse casado con el secretario de Embajada tan importante como la de los Estados Unidos, fué lo único que la perjudicó, reteniéndola lejos de la vida dura, real y verdadera. Carolina Coronado, más en medio de esa vida, hubiera encontrado para su temperamento una demostración más directa, más viva, más esencial. En vez de contener su talento, su genio, lo hubiera revelado, empeñándose en el deber más serio, de exaltar la vida entrañable y violenta que vive libremente y con más carácter y más firmeza lejos de los medios cerrados en que vivió Carolina Coronado. Ella no pudo faltar á una prudencia, á la que esto la obligaba, y, sin embargo, lo que había en ella de íntimo, más fuerte que lo impuesto por la mogigatería, lució bastante, lució con una intensidad que antes que en ella no había lucido tan vivamente en ninguna mujer.

Carolina Coronado merece por eso un constante recuerdo. Es la figura de mujer más brillante y más amada de su tiempo, y la precursora de la mujer que ha de manifestar su alma con valentía en lo porvenir. Es como el tipo legendario de la heroína de la novela meridional. Los retratos que de ella nos quedan, uno pintado por Madrazo, y, sobre todo, los retratos de su juventud, revelan el encanto de esa figura poética, que no sólo cantó, sino que fué cantada por los poetas de su tiempo, que le ofrendaron sus triunfos, y soñada por los pintores. Es el ideal de mujer de corazón sensible y alma fuerte, de la que se enamoran reyes sin vencer su virtud. Su figura esbelta, de ojos negros y grandes, llenos de ensueño, con sus largos tirabuzones, es la figura de una heroína de Lamartine.

Esa figura se ha perpetuado en nuestro recuerdo siempre juvenil, porque Carolina Coronado se murió para nosotros en plena juventud, á pesar de haber muerto tan anciana en su retiro de flores. Ella se alejó, se perdió, se ocultó; vivió ya muerta para nosotros y para el arte. Así es que tanto por su vida como por su obra, Carolina Coronado es la encarnación más representativa del romanticismo de su tiempo.

CARMEN DE BURGOS
(Colombine)



CAROLINA CORONADO



CAROLINA CORONADO

(1) Alude á poesías de la autora.

LA MUERTE DE FERRANT



El insigne artista D. Alejandro Ferrant, en su estudio.—Fotografía obtenida por Campúa recientemente

El arte español ha sufrido una gran pérdida con la muerte del insigne pintor español D. Alejandro Ferrant, Director del Museo de Arte Moderno. D. Alejandro Ferrant se distinguió como estudiante por sus trabajos de dibujos del natural, del antiguo y del colorido y más tarde, durante su larga y provechosa carrera, realizó una labor fecunda y admirable. Conocidos de todos los amantes del Arte son muchos de sus cuadros, testimonio de su talento y su depurada educación artística. Acudió á varios certámenes y exposiciones en las que obtuvo señaladas recompensas.



BAJO LA LUNA DE LAS VENDIMIAS

La luna septembrina
unge de paz la soledad del pueblo.
Han sonado las once
y ha partido el peatón con el correo.

Por las dormidas calles solitarias
va pasando el Silencio,
señor que impera sobre el mundo en esta
santa hora de calma y de misterio.

En la blancura de las viejas casas
á veces, se destaca un bulto negro;
es un novio que teje sus quimeras
junto á un amante y tembloroso seno.
Y en la paz de la noche pueblerina,
el chasquido de un beso
vibra, como el brotar de una flor nueva,
bajo la azul sonrisa de los cielos

La mole parda de la vieja Iglesia,
como un gigante guardián austero,
se alza sobre la noche,
elevando su aguja al firmamento,
igual que una plegaria
ó una espiral de incienso...

De vez en vez, los ojos—buceando
en estas horas de quietud y ensueño—
contemplan una luz parpadeante
de un portal en el hueco
ó en alguna ventana, inquietadora
pupila alerta de mirar siniestro...

En la humedad de una bodega, ladra
al rumor de mis pasos algún perro;
y el eje rechinante
de un quejumbroso carro somnoliento,
por un instante ahuyenta
al sepulcral fantasma del Silencio.

He llegado á una plaza solitaria
y veo desde el centro
una posada secular que duerme
junto al destartado Ayuntamiento;
y entre miserables casas,
la hidalguía de un viejo
caserón, cuyo escudo en berroqueña
da un ancestral aspecto
á la plaza dormida
de este vetusto poblachón manchego.

Quizás en esta plaza y á esta hora
se despidió, gallardo, un caballero,
bajo la luna llena de Septiembre,
de la Señora de sus pensamientos,
para luchar con el pendón cristiano,
contra los sarracenos.

Acaso en esta plaza
donde se alza el caserón austero,
una noche de luna como ésta,
viejas novelas del valor leyendo,
perdió Alonso Quijano
la maldita cordura de los cuerdos,
para partir con la rosada aurora,
de Rocinante sobre el lomo seco,
á sustentar el mundo
de su ferrada lanza sobre el cuento...

Una cruz, sobre un muro
toscamente pintada por el pueblo,
proclama que una noche
de fiesta, de algazara y de contento,
—¡la noche de la Virgen!—
un mozo fanfarrón y pendenciero
con su aguda navaja de Albacete
mantuvo abierto el cerco
de veinte mal fachados trashumantes,
nómadas buhoneros,
á los que apostrofó valientemente,
por lanzar á su novia algún requiebro;
¡allí cayó vencido,
manando sangre del robusto cuello!

La luna extiende por la vieja plaza
la luz de la nostalgia y del ensueño,
y mi alma nocturna se estremece
de emoción... y de miedo,
bajo esta luna que me dice tanto
de aquello que he vivido y que recuerdo,
vaga, confusamente,
como un lejano y misterioso eco...

Sigo cruzando calles
blancas de luna y negras de silencio,
entre sombras de novios
y rumores de besos.

El insomnio ha turbado mis pupilas
y estoy ebrio de sueño;
en el cielo purísimo de otoño
agoniza un lucero
y, poco á poco, invade
la claridad del alba el firmamento.

Bajo la luna blanca, blanca, ¡blanca
como la faz de un muerto!,
este dormido poblachón parece
como un abandonado cementerio.

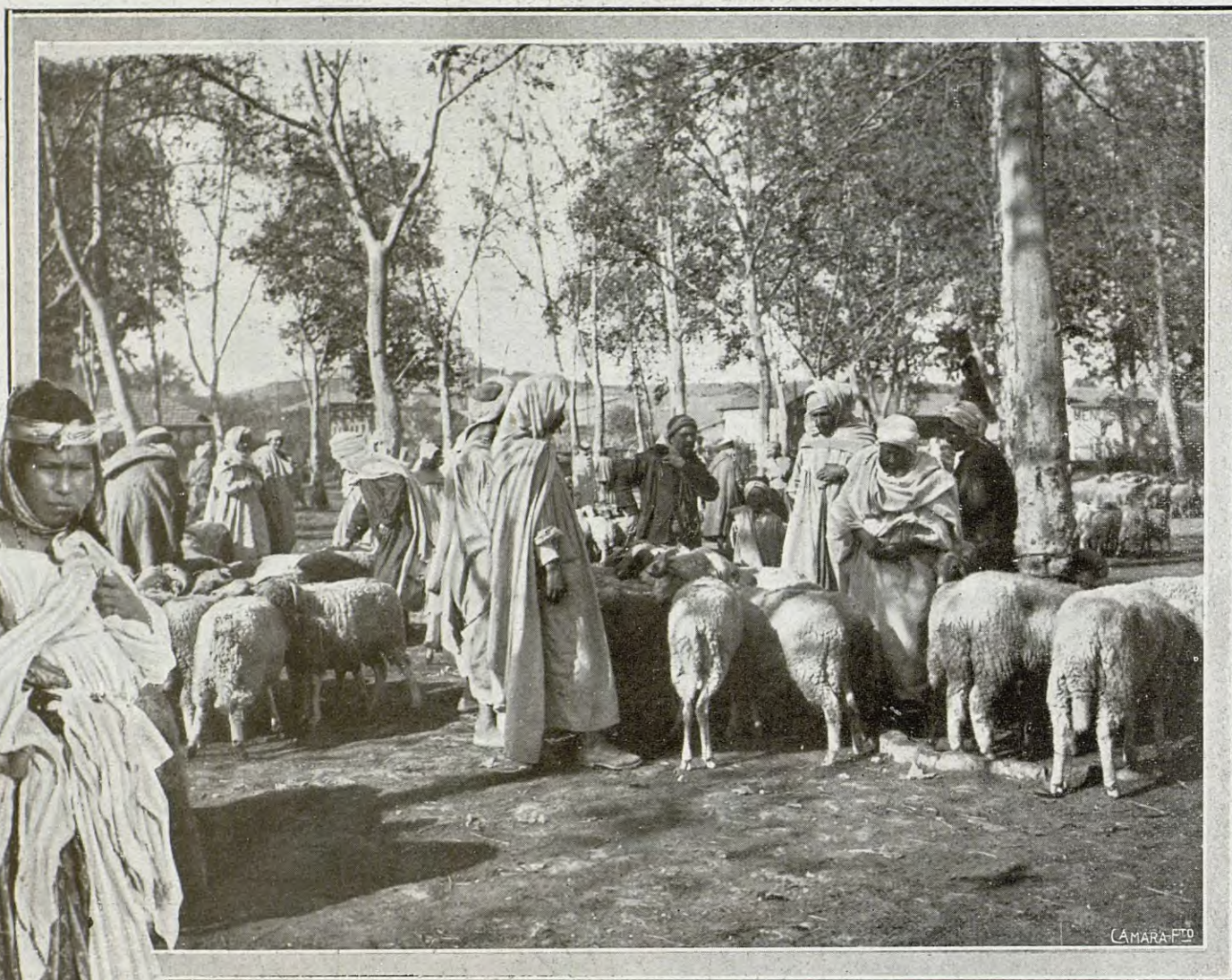
—¿Habrás huido la vida,
en la noche de otoño deste pueblo?
No... Sólo fué una tregua
en la lucha del hombre con el tiempo.
Ved: ya canta la vida,
ya despertó de la quietud del sueño.

Con rumbo hacia las viñas maduras
ya cruzan las cuadrillas de labriegos.
¡Ya van cantando los vendimiadores,
bajo la azul sonrisa de los cielos!...

JUAN GONZÁLEZ OLMEDILLA

DIBUJO DE ECHEA

LOS PEREGRINOS DEL PLACER Y LOS PEREGRINOS DE LA FE



Un aspecto del mercado de carneros, en los alrededores de El Cairo



Un pintor yanqui ha simbolizado el moderno Egipto en una linda inglesita, rubia como la mies, sentada desenfadadamente en el pedestal de una esfinge, carcomida por el tiempo. Muchas veces, á

la hora del té, presenciando el espectáculo que ofrece en el Cairo la terraza del hotel Sphepherd, se duda en qué rara ciudad, en qué pequeña Babel nos encontramos, y cuando lord Cromer era el representante de Inglaterra y daba sus fastuosos bailes, el contraste entre aquellos salones, donde el diablo del lujo desataba todas sus locas fantasías, y la calle donde una muchedumbre de piel atezada y ropas raídas y astrosas se agolpaba voceando entre idiota y airada, producía un raro sentimiento, mezcla de tristeza, de indignación y de descreimiento en una justicia superior á los egoísmos del hombre.

La guerra ahuyentó del Cairo á los peregrinos del placer; á los que venían de los Estados Unidos, de Inglaterra, de Francia y de Rusia, en caravanas interminables, buscando este clima de invierno que no tiene igual sino en la Caleta y en el Limonar de Málaga y en el Camino del Palo, un poco morisco también. Eran las turbas de descreídos que curioseaban las mezquitas desde los pórticos sagrados que no pueden pisar los cristianos y que luego se lanzaban Nilo abajo y arenal adelante buscando una emoción nueva en las ruinas del misterioso Imperio de los Faraones. Profanaban el secreto de las pirámides, se burlaban de los enormes carneros del templo de Karnak y abominaban de la civilización que ha ahuyentado á los cocodrilos y ha amansado á los pocos que no han preferido morir de vergüenza ante la irrupción del hombre en sus dominios.

Los peregrinos del placer se desesperaban sin encontrar nunca la emoción plena y definitiva que buscaban. El mundo musulmán, vencido, humillado, expoliado, afrentado, viendo alzarse la ciudad europea en su mismo solar, sintiendo la presión mansa y suave, pero corrompedora, de las costumbres de Occidente, esconde su alma con un recato lleno de dignidad. Los europeos ven pasar á las damas cubierto el rostro con su manto de seda negra; los europeos ven á los musulmanes hacer sus ablucciones antes de entrar en la mezquita; pero no va más allá el saciamiento de su curiosidad. A lo mejor suelen ser víctimas de hábiles estafadores que pululan alrededor de los hoteles. El timo del harén, de enseñar á un europeo el misterioso encanto del harén, del harén de un bajá que está preso ó que ha ido en peregrinación á besar la piedra negra de la Kaaba, de la casa de Dios vivo, viene á ser en el Cairo cosa semejante y manobra igual á lo que en Madrid el timo del portuagués ó del entierro.



El Tapiz Sagrado

Así también el mundo faraónico no entrega á la profanación de los peregrinos del placer sino sus exterioridades de piedra. Un yanqui juraba que sacrificaría toda su fortuna si podía darse cuenta exacta de lo que fué la mirada enloquecedora de Cleopatra. Recorrió todo el Egipto alto y bajo, anduvo por los oasis creados en los afluentes del Nilo, vió las razas petrificadas en los monumentos y los museos y las razas vivas, de sangre eterna, que se suceden en los aduares y en los barrios de las ciudades; sobornó, sedujo, corrompió, corrió graves riesgos y se volvió á su tierra novísima con el mismo caudal con que llegara á la tierra inmortal que resquebrajara el genio de Moisés... ¡Y es que la mirada de Cleopatra volvería á incendiar en guerras el mar Egeo si pudiera volver á haber un Antonio capaz de enloquecer ante sus llamaradas!

Y ha sido la guerra precisamente la que ha ahuyentado de aquí esa mala lepra de gozadores. Los musulmanes han podido preparar este



El cortejo del Tapiz Sagrado, dirigiéndose a la Meca

invierno su peregrinación a la Meca sin que las oraciones en las mezquitas, en las innumerables mezquitas, se vieran turbadas por el eco de las orquestas de tziganos que tocaban a todo pasto la repugnante modorra monótona del tango argentino. Al llegar Junio, el pueblo musulmán, que en la ausencia de los peregrinos del placer ha entrevisto un ensueño de posible liberación y ha sentido reavivada su fe, ha acudido en muchedumbre asombrosa a la peregrinación de la Meca.

La ciudad ha quedado casi solitaria y así estará hasta que los peregrinos de la fe regresen de la Ciudad Santa y regresen como purificados, con el orgullo fiero de ostentar el título de *el*

hadj que conservarán toda su vida. Nunca como en esta ocasión, cuando salió a la calle la procesión del *Tapiz Sagrado*, que, como todos los años, había de ser conducida a la Meca, fué tan grande, tan hondo, tan sorprendente el fervor con que los musulmanes miraban este símbolo sagrado. Y allá fueron, cruzando el mar Rojo hasta el puentecillo de Djeddah y recorriendo luego ochenta y siete kilómetros, hasta la ciudad Santa, incansables é infatigables bajo un sol de fuego, en caravanas enormes de camellos y borriquillos. Y allá en el misterio del recinto de Haram, ante la sugestión inenarrable de la visión de la Kaaba, donde creen ver a Dios y de

las setenta y cinco cúpulas blancas como nieve, se habrán encontrado los egipcios dominados con los indios subyugados, con los turcos expoliados, con los turquestanos amenazados constantemente, con los argelinos y los marroquíes y los tunecinos y los tripolitanos sometidos a extrañas y profanas soberanías... ¡Todo el mundo musulmán presenciando a los cristianos empeñados en furiosa guerra y esperando que una mano viril alce el pendón verde del Profeta y caiga otra vez con sus avalanchas devastadoras sobre la caduca Europa.

MÍNIMO ESPAÑOL



La procesión del Tapiz Sagrado, saliendo de la Mezquita de Dogma Batché

CUENTOS ESPAÑOLES



LAS MANOS

7 de Julio.—Tengo la certidumbre de que mi marido no me quiere ya. Hay en la vida de cada uno ciertos momentos en que, merced á un detalle insignificante, comprendemos que se ha roto algo en nuestra alma, y entre mi alma y la de mi esposo se rompió lo que las unía... y las ha desunido él.

Me siento sola y no podría explicar de qué proviene esta sensación de soledad que me rodea. Porque Augusto es bueno, cariñoso; sus atenciones para conmigo no han amenguado, y, sin embargo, noto que no me pertenece en absoluto, que me le roba alguien, y estoy celosa, más celosa aún que si conociera á mi rival, pues la adivino en las tinieblas invulnerable é invencible.

¡Mi rival!... ¿Cómo adquirí el convencimiento de que Augusto me engaña? No lo sé siquiera; por frases sin sentido, por turbaciones súbitas de él, por... nada, realmente; pero me hallo segura de su desamor.

El caso es que semejante desamor no me atormenta y sí sólo me humilla. A veces, pienso si tampoco yo querré á mi marido, y al preguntármelo á mí misma con un asomo de inquietud, no logro responderme de una manera categórica. En los dos meses que hace que me casé, no he visto

ni experimentado ese amor tan grande que las novelas nos presentan cual el verdadero amor, el amor único. ¿Mentirán las novelas ó mentimos nosotros hasta ahora sin advertir nuestra mentira, o mentimos nosotros y las novelas, y el amor no existe?

Cobro miedo á las ideas que me asaltan, á la verdad que quizá late dentro de mi espíritu.

23 de Julio.—Me quiere. Un simple gesto suyo ha bastado para desvanecer mis presunciones. Me quiere y yo le quiero á él con toda el alma, si no miente la alegría que he sentido dentro de mí al espiar esta mañana en sus ojos el amor que ansío, el mismo amor encontrado en las novelas y que sin duda también es en la vida el verdadero amor. Me quiere, y la seguridad de que me quiere da á mi ser un brío desconocido y confortante.

¡Cómo brillaban sus pupilas adorando mi retrato!... No relucía en ellas el deseo, que presta dureza á las miradas, ni la curiosidad, que nos hace inclinarnos con aparente beatitud ante cualquier obra de arte; era algo más hondo lo que asomaba á aquellos ojos fijos en una actitud mía que un pintor prolongó bellamente sobre el lien-

zo. Hubo un instante en que me indujo no sé qué fuerza irresistible á salir de entre las colgaduras desde donde le acechaba y á arrojarme en sus brazos; pero el temor de romper con un mohín brusco el encanto de esa hora, me retuvo allí quieta, escondida cual una criminal en las estofas de damasco que nos separaban á uno de otro, y no salí.

Luego, cuando abandonó Augusto su cuarto de trabajo, corrí á reconocerme en el cuadro de Cerdeña, que mi marido colocó en lugar preferente de la estancia para tener mi imagen junto á sí en sus jornadas laboriosas. Creó que hoy el magnífico retrato se me antojó mejor que nunca: sobre un verdoso fondo campesino, aparezco á un lado del lienzo, sentada en una ruína; voy vestida de blanco, sin joyas, mal envuelto el busto en un chal de amarilla gasa que el aire desordena, dejando al descubierto la garganta pura; el artista otorgó al azul de mis miradas, á la tenue sonrisa de mi boca, á los *bandeaux* hieráticos y rubios de mi peinado virginal, una serenidad que acaso no poseo, y el ademán mustio de mis manos desnudas, sosteniendo con laxitud unas ramas silvestres, produce en el observador rara impresión de desaliento y de melancolía.

—Tiene usted manos de sacerdotisa, que únicamente deben oprimir vasos rituales ó ramajes sagrados — decía el pintor sonriendo cuando posaba yo en su estudio.

De hoy más, estas manos de líneas desmayadas y débiles oprimirán también, con crispaduras de pasión no sentida antes, al hombre que me ama y á quien yo siempre amé sin advertirlo.

28 de Julio.—Fué una revelación tan súbita, tan inesperada, que todavía no pude reponerme de ella.

Habíamos acabado de comer. Augusto propuso que nos sirviesen el café en la *serre*, entre plantas, y allá fuimos.

Las persianas caídas, sumergían el recinto en sombra; hacía mucho calor, y el perfume malsano de las flores mareaba de un modo lento y dulce; afuera oíase el murmullo del mar besando las arenas de la playa en el silencio de la siesta de Julio. Envuelta por aquella sofocante atmósfera voluptuosa, yo me sentía como adormecida, y las miradas de él fulguraban intensamente á través de la penumbra.

—Consuelo, tengo una sorpresa para ti—dijo de pronto.

—¿Para mí? A ver...

Se echó á reír, y en seguida se enserió de una manera cómica.

—Si quieres que te entregue la sorpresa es preciso cerrar los ojos antes.

Le obedecí feliz, con la seguridad de que era mío todo su cariño, y conservando los párpados cerrados, noté que se acercaba jadeante y cauteloso. Al cogerme una mano entre las suyas percibí que le ardían y que sus dedos torpes me colocaban en el anular un grueso anillo. Abrí los ojos.

—¡Oh, Augusto!...

Sobre el róseo nácar de la piel amarilleaba un enorme topacio ovalado y casi sin brillo, como la pupila de una fiera muerta.

—¡Gracias, muchas gracias!—añadí conmovida por el exquisito obsequio.

Pero Augusto no me escuchaba ya. Había quedado absorto, de rodillas ante mí, contemplando fijamente la pesada joya.

—No, no... ha sido un error—repuso—. Estas manos tan puras jamás deben llevar sortijas.

Y me arrancó con brusquedad el anillo, arrojándolo entre las flores. Luego volvió á postrarse frente á mi regazo y se extasió de nuevo en la contemplación de mis manos desnudas, que elogiaba con frases inconexas:

—Son como dos palomas temblorosas, ó, mejor, dos azucenas cándidas que yo he querido profanar con una piedra horrible... Manos de santa y de bacante, inmaculadas siempre, aunque lo saben todo, y nacidas para pasar entre sus dedos las cuentas de un rosario hecho de besos y engarzado en suspiros.

¿Estaba loco?... Con la cabeza hundida en mi vestido, besaba y me acariciaba ahora las manos, presa de una delectación morbosa.

—¡Augusto... Augusto! ¿No me oyes?...

Comprendí de improviso, retirándome de mi esposo con un gesto de estupor. El misterio se aclaraba, por fin. Y he descubierto sin querer el secreto de íntimos caprichos suyos que en ciertas ocasiones me desconcertaron: y descifré la clave de su desvío imperceptible, de la distancia que nos separaba hasta cuando nos fundíamos en un transporte; y me expliqué también su adoración por el retrato donde mis manos de sacerdotisa resplandecen en toda su pureza... ¡Qué horror... qué



horror! ¿Cómo era posible que yo lo adivinase? ¡¡No me ama y está enamorado de mis manos!!

Ni siquiera hubo de protestar por mi actitud de repugnancia al verme retroceder ante su fetichismo increíble. Allí quedé, alhelado entre las flores malsanas y mareantes, mientras yo huía retorciéndome en una crispación mis dedos pecadores.

5 de Agosto. (En el tren).—Todo ha concluido. Para siempre dejé la villa del cantábrico pueblecillo costero donde le amé y él... amó mis manos; no volveré quizá á encontrarle nunca... Y ahora, al mirar mi vida tan vacía y tan deshecha, frente á la incógnita del porvenir, me acobarda la resolución irremediable que tomé, y temo haber llevado á cabo una locura.

Tal vez ninguna otra mujer, en caso análogo, obrara como yo, y hasta es fácil que la pasión extraña de Augusto la halagase en su vanidad. A mí no, sin embargo, porque le quise plenamente mío, puesto que yo era plenamente suya, y por eso me hallo convencida de que á su lado no sería ya feliz. Si, al menos, no existiese la certidumbre de que poseo una verdad, podría engañarme aún; pero su silencio de aquella tarde en que se me reveló el arcano de la traición odiosa, me demuestra que no me equivoqué, y su pasividad culpable de estos últimos días ante mi decisión de hembra ultrajada, me afirma todavía más en ello. Lo absurdo es que me infunde lástima, y por no

perdonarle, por no ceder á convivir con él en la complicidad de su secreto, me he alejado en seguida para marchar en busca de lo desconocido.

¿Qué será de mí?... Asomada á una ventanilla del departamento, sola con mi melancolía en la noche, miro al campo dormido y pregunto mi destino á las estrellas. Corre el tren por las fértiles llanuras del Mediodía de Francia, de una Francia en guerra hoy y también convulsionada de estupor frente al trágico enigma del futuro. ¿Qué será de mí?... Iré á ofrecerme en cualquier hospital de sangre para cuidar á soldados heridos, y procuraré con mi solicitud rehacer la vida de los otros, pues que no supe rehacer la vida mía; pienso afanarme en un trabajo rudo que beneficie á los demás, anegando en la tarea mis pesares, por si con la ventura ajena logro olvidar la propia desventura.

Y cuando en mis labores de enfermera se vean obligadas á prestar servicios ruines y humillantes las manos miserables que infundieron un amor indigno en el esposo, sentiré la satisfacción de una venganza; de las otras, las bellas manos del retrato, se vengaron mis celos, acribillándolas con un cuchillo antes de la partida, para que jamás le sea posible á él adorarlas en sus enfermizas soledades de vicioso.

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA

DIBUJOS DE PEDRERO

CERVANTES EN CALIFORNIA



"Don Quijote y Sancho Panza", figuras del monumento a Cervantes, erigido en San Francisco de California

CALIFORNIA. Yo oí este nombre por primera vez siendo muy niño. Y no sé por qué fenómeno uní al nombre una representación imaginaria de país de ensueño, de tierra misteriosa de una luz verde filtrada por intrincadas selvas animadas de todos los sonos de la naturaleza. Quizás alguna estampa, tal vez algún relato de antiguos viajeros... Ya digo, no sé de dónde vino aquella fantasía; pero la recuerdo clara, con sus vivos colores. Y luego, al oír la ó leerla, se fué animando: California era una pura fantasía, pero real. ¿Por qué en España, cuando han hablado ó escrito de este país, lo han hecho siempre en tono de añoranza y exaltación? ¿Qué motivos había para no recordar con idéntica melancolía la tierra florida, la tierra encantada también en donde manaba la fuente de la perenne juventud? California tocó más hondo en nuestra alma; los españoles que escribieron de ella diríase que hablaban de su propio suelo.

A este país, aquí en Norteamérica, le llaman el dorado Oeste, y quien no lo ha visto forja espléndidas visiones en donde reinan la luz y el color.

Acabamos de regresar de California, y aquella nuestra lejana impresión infantil se ha agrandado, ha adquirido mayor riqueza, ha cobrado un vigor que nunca puede dar lo imaginado, y, además, hemos creído hallar una razón de un orden puramente sentimental que ha dado á España ese recuerdo impercedero del país de Juan Cabrillo. Nuestra sorpresa fué viva; muchas partes de California eran como trozos de tierra española llevada allí. Caminando á lo largo del que fué, y aún hoy lo es y así se llama, *el camino real*, se ofreció á nosotros uno de los motivos de aquella serie de misiones que á principios del siglo XVIII el último místico español fué engarzando una á otra como un piadoso rosario desde San Diego hasta San Rafael, bordeando la luminosa costa del mar de Balboa. El afán espiritual de aquel frailecico balear que se

llamó en el siglo Junípero Serra, se torció en un punto, y sus ojos, puestos siempre en el cielo, se extasiaron á veces en la tierra, haciéndoles impensadamente guía de sus pasos. Pensaba él que su corazón sólo alentaba para una vida interior y, aun cuando así era casi siempre, en algunos trances más bien era un sometido. Como Fray Luis, su mística tuvo unos granos de noble sensualismo que en el padre Serra se manifestó en amor al paisaje. ¿Cómo evitar estas inclinaciones si era un puro mediterráneo? Y guió sus pasos por las tierras que le recordaban las tierras suyas, cercanas al mar, sin perderlo de vista, asentando sus benditas ermitas muchas veces allí donde el Pacífico en suaves playas se adentra en la tierra azulándose en tranquilidad que recuerda la bella quietud del mar latino. De este modo, las misiones de California, viviendo muy lejos de España, se sentían en su seno. No tenemos duda: fué el espejismo de la patria quien guió á aquellos caballeros de la cruz en su camino, hallando á un tiempo lugares propicios para predicar á los indios la doctrina del Salvador y abrir los misioneros de par en par el corazón á la tierra y á la luz, soñando en lejanos pueblos que quizá no volverían á ver. Nosotros hemos sentido la misma impresión; nuestra alma ha olvidado por instantes la distancia creyéndose en tierras aledañas al reino valenciano á veces, otras á las doradas lomas ribereñas del Tíetar, por la región de La Vera.

Lugares tiene California donde la naturaleza parece vanidosa de sus gracias; su fuerza, sus colores todos, su vejez, su esplendor, salen de sus entrañas con una magnificencia inponderable y son montes rojos que corona la nieve, árboles en cuyos troncos se cuenta el paso de los siglos, extrañas flores, agua que viene desde las altas cimas derramada de peña en peña y reposada al caer en tersos lagos azules... Estas maravillas no fueron nunca una tentación para

aquellos varones rebosantes de fe que prefirieron los pelados cabezos donde se asienta San Juan Capistrano ó los valles azules de Monterrey á las grandezas de Yosemite ó Tamalpais. Cada una de estas misiones evoca un paisaje de nuestro suelo.

Por toda California hemos encontrado vivo amor á España. La vieja edad de la California histórica es toda española, una vieja edad bien reciente para saber de ella la generosidad de exploradores y misioneros, bando de románticos que dejaron tras sí un perfume legendario que guarda y conserva amorosamente el Oeste dorado. Los franciscanos conquistaron el alma de California, y este país, que no les olvida, simboliza hoy el pasado en la mística figura del Padre Junípero Serra.

Los españoles que viven en los Estados Unidos, son, como los de todas partes, españoles que viven fuera de su tierra recordando el país lejano, suspirando por él, acariciando la esperanza de volver á sus brazos. Los españoles de California tienen otra psicología nacional un tanto más complicada; su amor á España se ha avivado desde lejos, se ha exaltado; pero no como se exalta el amor del desterrado, á fuerza de ausencia, no; el español de California la ama como si viviera en ella, sin lo enfermizo de la nostalgia. Y sigue atentamente con el alma en ansia los pasos de la madre, y es que su idea de patria se ha desdoblado ensanchando el horizonte de sus afectos por una semejanza de luz, de cielo, de paisajes, valores esenciales en el patriotismo. Así, al buscar con los recuerdos un consuelo á la ausencia, la tierra parecida á la nuestra los ayuda, los vivifica, llegando lo extraño á ser pronto íntimo, haciéndose más difícil cada vez una distinción entre los términos comparados antes, si no es que se funden creando una patria de dos países distintos. De este modo, españoles que llevan viviendo en Cali-



Monumento á Cervantes, erigido en el Parque de la Puerta de Oro, en San Francisco de California

fornia toda su vida sienten á España como si vivieran en ella, recogiendo sus palpitaciones y acordando á ellas muchos de sus sentimientos. Nuestros misioneros debieron de sentir igual. Estos, como aquéllos, habrían querido hacer de los dos países uno. Los de antaño trajeron lo más puro de los pueblos: el alma alumbrada de una fe; los de hoy, en tiempos de otras ideas, sueñan con algo más perdurable, más común, más universal: un mutuo amor. Salvando los tiempos la misión es la misma, el entusiasmo igual.

Cervantes ha venido á ser hoy el misionero; Cervantes traído de España por dos buenos es-

pañoles, D. Juan J. Cebrián y D. Eusebio Mole-
ra, castellano el uno, catalán el otro.

En el Parque de la Puerta de Oro, en San Francisco, acaba de levantarse un monumento al soldado de Lepanto. Allí, sobre unos peñascos de granito gris como el del Guadarrama, y bajo un cielo de un azul tan diáfano como el manchego, se abrazan Don Quijote y Sancho ofrendando á su padre sus nobles corazones. El, desde lo alto, les mira y les sonríe imperceptiblemente, fluyendo á sus labios una honda emoción, un sentimiento de complacencia al ver tan crecido y querido de todo el mundo aquel hijo seco, avellanado y antojadizo. Allí están los

tres, fundidos al mismo fuego y del mismo bronce: D. Miguel, Don Quijote y Sancho. Frente á ellos, á unos pasos, el frailecico español, con el manto al viento, levanta al cielo la cruz.

Algunas tardes, en el verano pasado, solía yo á la hora del crepúsculo, cuando el sol se hunde en el mar incendiando las aguas, buscar en aquellos lugares la placidez de la hora para evocar mi tierra. Por la parte de la mar venían siempre unos pajaricos é iban á esconderse de la noche en el sayal de bronce del fraile mallorquín y en el lado de su corazón.

RAMÓN JAÉN

West Point, New York, 1917.



CONDUCCIÓN DE ARTILLERÍA INGLESA A TRAVÉS DE LOS CAMPOS INUNDADOS, PARA OCUPAR UNA POSICIÓN, DURANTE UNO DE LOS ÚLTIMOS COMBATES EN FLANDES

Dibujo de C. Clark

CÁMARA-FOTO

BELLAS ARTES
LOS HUMORISTAS



"En el Retiro", dibujo de Francisco Sancha



"Payaso", muñeco caricaturesco de Salvador Bartolozzi

"El Sr. Luterio", escultura caricaturesca de Benito Bartolozzi



"Sin «noticias» de América", caricatura de Antequera Azpiri

En la *Galería General de Arte* (Plaza de San Miguel, número 8), se ha inaugurado el tercer Salón de Humoristas.

La Exposición ocupa cuatro amplias salas y figuran en ella más de cuatrocientas obras entre caricaturas y dibujos decorativos y esculturas humorísticas.

De verdaderamente nacional puede calificarse el Salón de Humoristas de 1917, puesto que a él han concurrido 119 artistas de toda España con un entusiasmo y un positivo deseo de destacarse muy dignos de ser tenidos en cuenta si se piensa que en esta Exposición no hay premios en metálico y en cambio dió siempre lugar a sistemáticas y negativas críticas.

Al primer Salón de



"Mater amabilis", caricatura de K-Hito

de Humoristas abundan las obras francamente cómicas y no escasean las obras en que la sátira es tan sutil que hace falta tener bien educada la sensibilidad para comprenderla, ni faltan por último las que sólo representan bellas armonías, líneas elegantes, cromatismos agradables, sin otra transcendencia ni ulterior propósito que hacer un dibujo grato a los ojos y propicio al embellecimiento de una habitación.

Y esto, precisamente esto, es lo que constituye los Salones de Humoristas en otras naciones. No se crean los que censuran sistemáticamente las Exposiciones humorísticas españolas, que las extranjeras del mismo género son diferentes.

Elijamos, por ejem-



"Confidencias", dibujo de Ramón Roqueta

Humoristas concurrieron trece dibujantes con sesenta y una obras; al segundo—en el que hubo de limitarse el número de cuadros por lo exiguo del local—asistieron treinta y dos dibujantes con sesenta y cuatro envíos. En este actual ya hemos dicho las dos cifras que acusan de un modo rotundo el reciente é indiscutible éxito. Y, sin embargo, no han faltado tampoco este año las afirmaciones algo aventuradas de que en España no existe el humorismo, de que los dibujantes españoles no son humoristas y de que en este Salón abundan más los dibujos «serios» que los cómicos.

En un exceso de condescendencia á estas opiniones erróneas, el organizador del Salón de Humoristas ha titulado la exposición como de «caricaturas y dibujos decorativos». Holgaban, pues, los manoseados y frágiles ataques á los humoristas españoles. Podían críticos descontentadizos y público ignorante clasificar las obras dentro de los dos aspectos: lo que no les hiciera reír ó sonreír eran dibujos decorativos; lo que les obligase á reír á carcajadas con esa risa tan española, tan poco espiritual, eran caricaturas. Y todos tan contentos, ya que en el Salón



"Ironía eterna", dibujo de Ramón López Morelló



"Hoyos y Zamora", caricatura de César Abin



"Tres apaches", caricatura de Federico Ribas

plo, las dos que celebran simultáneamente en París las agrupaciones de *Los Humoristas* y de *Los Dibujantes Humoristas* en el *Palais de Glace* y en la *Galería de la Boetie*. En ambas encontramos las mismas orientaciones estéticas que en estas españolas. Es decir, que lo de menos son las caricaturas propiamente tales, y en cambio figuran en mayor número los dibujos francamente, exclusivamente decorativos ó las notas que, inspiradas en la vida real ó nacidas al calor del ensueño, no se preocupan de excitar la risa ó cosquillear el espíritu con ironías lacerantes, sino que se limitan á ser bellas y agradables.

Y sin embargo á nadie se le ocurre censurar á los dibujantes, ni se comete la candidez tradicional de protestar porque estos Salones se llamen de Humoristas.

□□□

El atractivo mayor del tercer Salón de Humoristas es su libre diversidad de asuntos, orientaciones y nombres.



"Caballeros de Santiago", escultura de Francisco Asorey

Han concurrido á él desde los artistas de más sólido prestigio, de más cotidiana comunicación con el público, hasta los que antes de la apertura de esta exposición permanecían ocultos é inéditos.

Sin peligro puede ya acometerse la empresa de llegar al Salón internacional. Seguro estoy de que frente á frente á sus compañeros de Francia, de Inglaterra, de Alemania, de Italia, estos modernos artistas españoles no quedarán vencidos.

Todos y cada uno de los expositores del Salón de Humoristas, desmienten ahora no solamente esa banal y vulgar afirmación de que el humorismo sea planta exótica en España sino la otra más peligrosa para ellos y no menos falsa del impersonalismo.

No y mil veces no. El Salón de Humoristas actual muestra hasta qué punto nuestros dibujantes se destacan unos de otros y como muestran bien delimitadas y elocuentes las características de sus personalidades respectivas.—V.



"Fumadora de opio", dibujo de Joaquín Xandaré



"La alegría de vivir", Caricatura de José Robledano



"La princesa de los sueños azules", dibujo de Enrique Ochoa

Leyendas y tradiciones madrileñas □ LA CALLE DE LA CUEVA

DRAMÁTICA es la tradición de esta calle, situada entre las de la Justa y San Bernardo. Debe su nombre á un sangriento suceso, cuya causa fué la desatada y feroz ambición de una mujer sin sentimientos humanos, cuya sed de riquezas no se aplacó ni con el sacrificio de su tierna hija ni con la muerte de su propio esposo... Veamos lo que la leyenda dice de esta calle:

□□□

Era el Comendador de Alcántara D. Gonzalo Prío, un hombre que, tras pasados ya los cincuenta años, había vivido lo suficiente para conocer todas las maldades que es capaz de encerrar el alma de una mujer perversa. Su larga y accidentada vida había suministrado aquel tesoro de experiencia que nos hace al llegar á cierta edad, desconfiados, taciturnos, ligeramente escépticos, incrédulos y bondadosos. ¿Que cómo contrajo aquella unión absurda y desigual con doña Mencía Jiménez, á quien doblaba en edad? Nadie lo sabía. Cuando le interrogaban sobre el asunto con un gesto altivo y contrariado evitaba dar explicaciones. Pero los que solicitaban del Comendador aquellas noticias, así negadas, comentaban á su sabor lo sucedido. Y de aquellas hablillas y murmuraciones surgía el rayo de luz que el escándalo de aquel matrimonio alumbraba...

□□□

Doña Mencía no amaba á su esposo. Este lo comprendía y se resignaba tardíamente arrepentido de haber dejado á su corazón que con vehemencias mozas despertara, cuando Naturaleza y vida le decían que aquellos momentos últimos de su existencia terrena sólo eran propicios para pensar en una buena y apacible muerte...

Mas el cielo, siempre benigno y consolador para los que han de sufrir mucho, quiso coronar aquella ancianidad vigorosa, aunque atribulada, con la diadema infantil de una criatura.

El Comendador disfrutó de las delicias de la paternidad, en la figura de una niña, que como promesa de un otoño relativamente placentero vino al mundo, cuando mayores eran los sufrimientos y amargas del D. Gonzalo, su padre...

□□□

Confió éste en que con el nacimiento de la hija modificaríanse las costumbres de su madre, antes tan culpable y pecadora. Mas no fué así. Y entre el desvío de doña Mencía y el resignado y angustioso amor de D. Gonzalo, creció la niña. No tuvo el bueno del Comendador otra idea desde que vio la conducta aleve de doña Mencía, que acumular riquezas sobre la niña, para la que presentía un negro destino así que él falleciera y no pudiese vigilarla con esa experta mirada de los padres viejos...

Y así lo hizo. Y así transcurrieron los años. Y así crecía y se criaba la niña. Y así moría y se agotaba el Comendador. Y así caminaba á su condenación eterna la disoluta doña Mencía...

Imponente fué la escena aquella noche estrellada y estival. Padre é hija, cogidos de la mano, atravesaron el jardín de su palacio y llegando ante la tapiada cueva que junto al de los marqueses de Peralta había, dijo D. Gonzalo:

—Hija. Solemnemente te pido en este momento que no digas á nadie, ni á tu misma madre, lo que vas á ver. Sígueme...

Obedeció la hija, y por una puerta secreta penetraron en la cueva. Allí se encerraba un considerable tesoro, destinado á la niña para cuando el padre muriese. Enseñó el Comendador á su hija el medio de abrir aquella complicada puerta. Y después de hacerle repetir su juramento, abandonaron el lugar...

A los pocos días supúose en Madrid con la natural tristeza que el Comendador de Alcántara don

va y no vieron nada. Entonces, los Marqueses, creyendo que se trataba de algún alma en pena, mandaron hacer oficios y celebrar misas. A partir de aquel momento, raro era el día que no se hablaba del hecho. Todos habían oído las voces, y todos habían visto bultos fúnebres, fantasmagóricos y aterradores. Y los servidores de los Marqueses se negaron á trabajar.

Cuando mayores eran la consternación y el espanto, un monje bernardo aseguró bajo juramento que se le había aparecido la sombra del Comendador, maldiciendo á doña Mencía Jiménez, causa de su asesinato.

Horrorizada y presa de remordimientos mortales, cayó gravemente enferma doña Mencía, que al poco tiempo falleció.

Llevaronla á enterrar al lado de su esposo. Y



Gonzalo Prío había sido asesinado por dos hombres cerca del postigo de Santo Domingo. Indagó la Justicia inútilmente, y el cadáver del Comendador fué sepultado en la Capilla mayor del Monasterio de Santa Ana, sin que sus asesinos fueran hallados ni habidos...

El asesinato del Comendador coincidió con la desaparición de la niña, que explicó doña Mencía diciendo que se hallaba fuera de Madrid para olvidar la terrible impresión que había sufrido al conocer el triste fin de su padre...

Poco á poco fué borrando la indignación producida por el asesinato del Comendador. Y á los pocos días, muy contadas eran las personas que se acordaban del suceso.

□□□

Así las cosas, los moradores del palacio de Peralta empezaron á oír en el silencio de las medrosas noches alaridos quejumbrosos que salían de la cueva cercana. Examinaron la entrada de la cue-

cuando terminados los oficios funerales, íbanse á retirar clérigos y monjes, aparecióse á todos el espectro del Comendador, que les reveló el terrible y pavoroso secreto.

En aquella cueva había sido encerrada su hija por su tío materno, que conociendo la existencia del tesoro, siempre bajo la indicación de doña Mencía, había llevado á la niña á la cueva, dejándola encerrada en ella.

Avisados los Peraltas, hicieron registrarla. Y, efectivamente, allí encontraron el cadáver de la niña...

Los hechos se esclarecieron entonces. Súpose que los hermanos de doña Mencía habían sido los asesinos del Comendador, cuya hija fué la víctima inocente de aquel drama, al que debe su nombre la no muy populosa y animada calle de la Cueva.

JUAN LOPEZ NUÑEZ

DIBUJO DE MARÍN

RECUERDOS Y BELLEZAS DE ESPAÑA
EL REAL MONASTERIO DE VALPARAISO

CUENTA una vieja crónica, que ha muchos años vivió en tierras de Andalucía una dama ilustre por su nombre y por su virtud. Se llamó Doña Inés de Pontevedra y fué madre del Alcaide de los Donceles D. Martín Fernández de Córdoba. Era una de aquellas damas que entretenían sus horas de tedio con el huso y la rueca y consagraban los postreros años de su vida á la oración y la piedad.

Esta devota Doña Inés, como quien piensa sabiamente, tuvo siempre por ideal los umbrales del cielo. Y queriendo acercarse á ellos hizo donación á Fray Vasco de Sousa de las espléndidas heredas que poseía en lo más feraz de la sierra cordobesa. Tenían las tierras

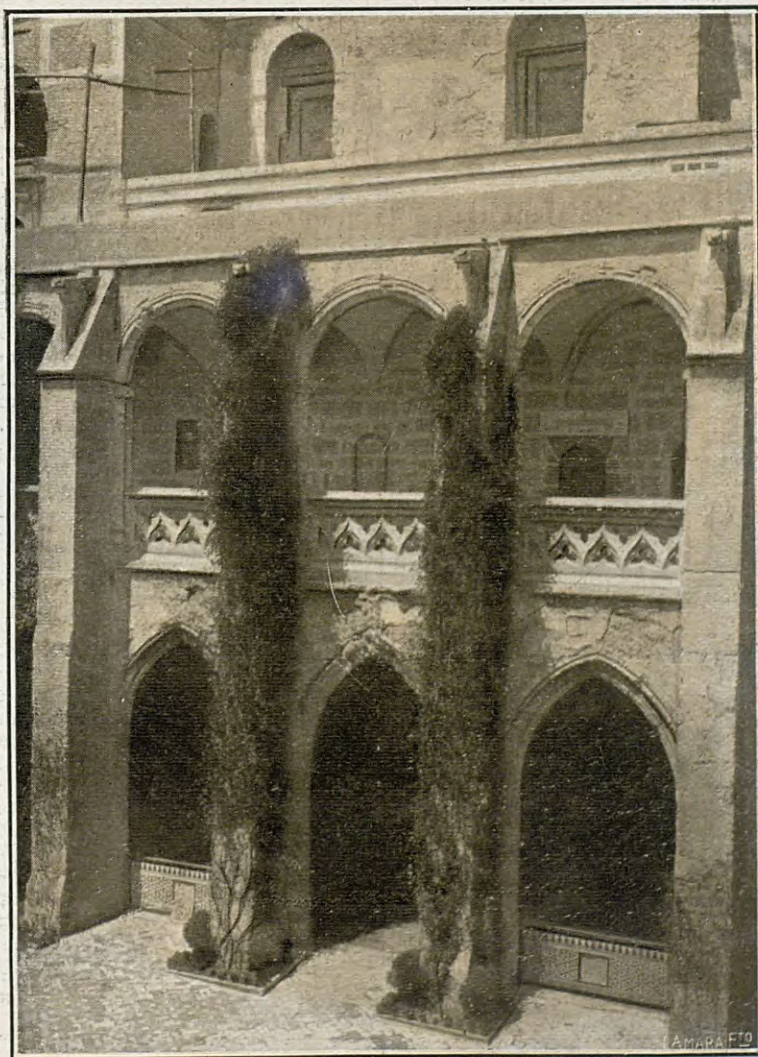
el armonioso nombre de Valparaiso, sin duda por las blanduras de su clima, las bellezas de su paisaje y la fecundidad del suelo que producía flores, plantas y frutas en variada profusión.



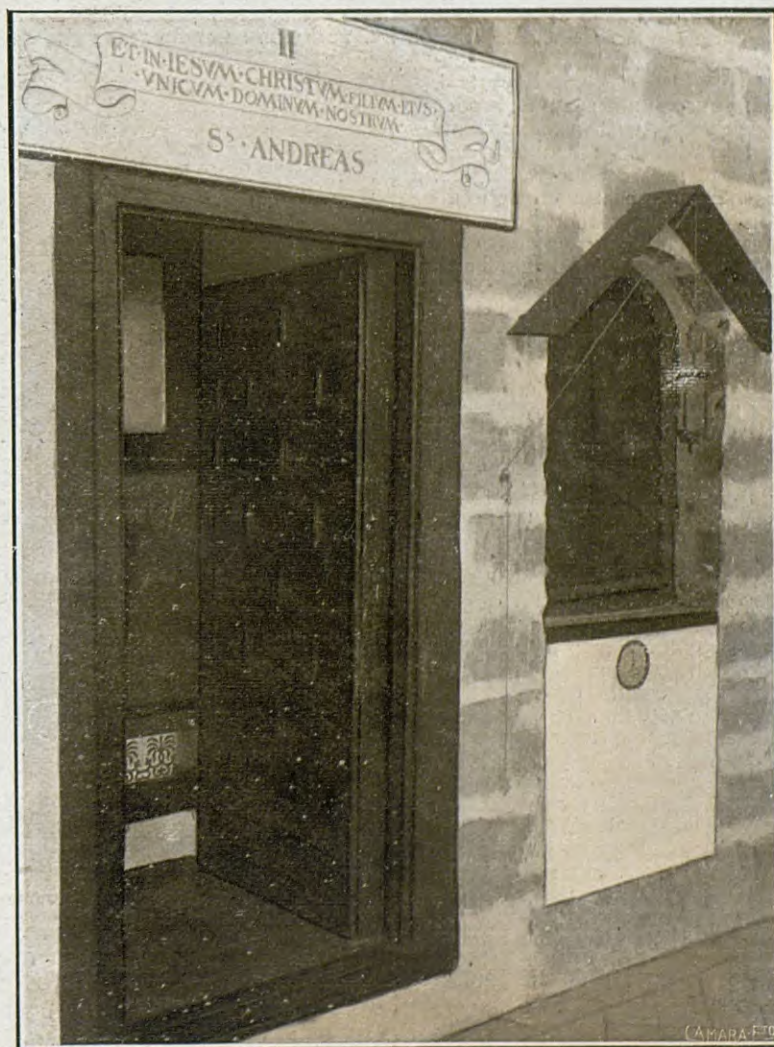
Vista general del Real Monasterio de San Jerónimo, de Valparaiso

Fray Vasco de Sousa y otros venerables compañeros suyos, monjes jerónimos como él, tomaron posesión de la heredad el año 1405 y ayudando á la caridad con la oración, consiguieron en breve espacio de tiempo levantar un monasterio de que son recuerdo las piedras que hoy veneran cuantos gustan de los inefables placeres de la Historia y del Arte. Tal fervor despertó el monasterio en toda Córdoba y aun en los principales señores de otras provincias, que llovieron sobre él regalos, exvotos y donaciones, fué elegido mil veces como lugar de retiro y meditación y llegó á agrandarse y enriquecerse hasta poder contarse entre los más florecientes y bellos de todos cuantos honran la historia ar-

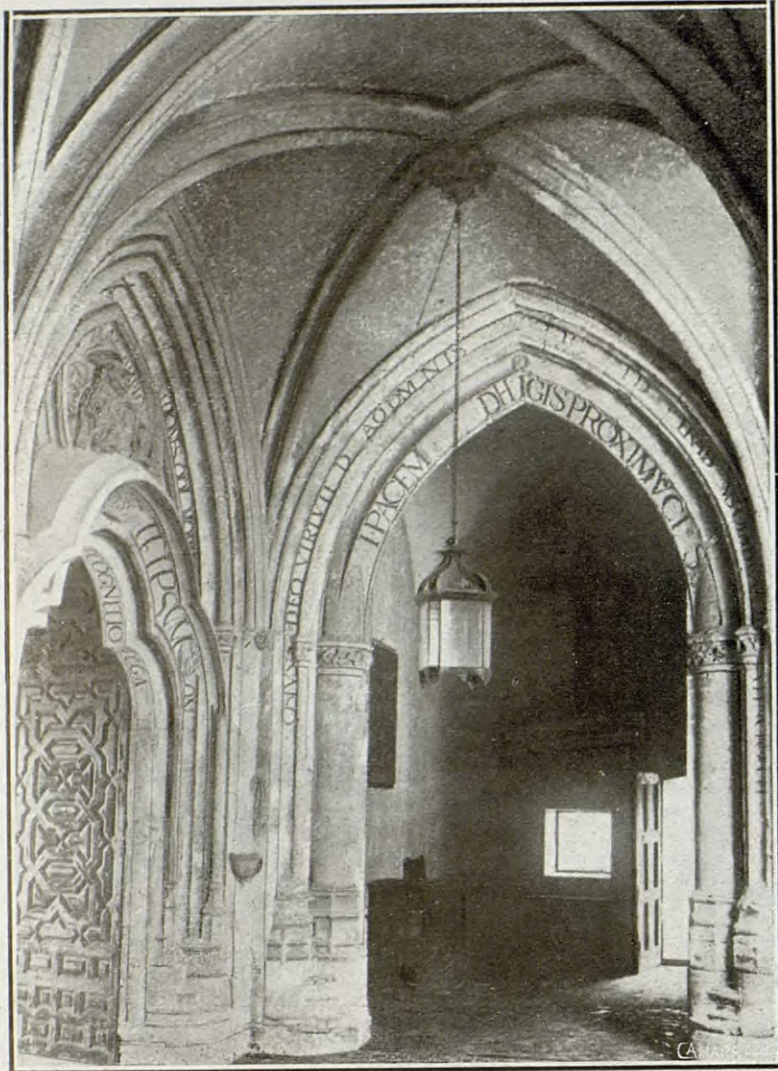
quitectónica española. Los humildes siervos de Dios aprovecharon sin duda las ruinas de otro antiquísimo monasterio que existió en aquellos parajes. Lo que es seguro es que los monjes de San Jerónimo obtuvieron



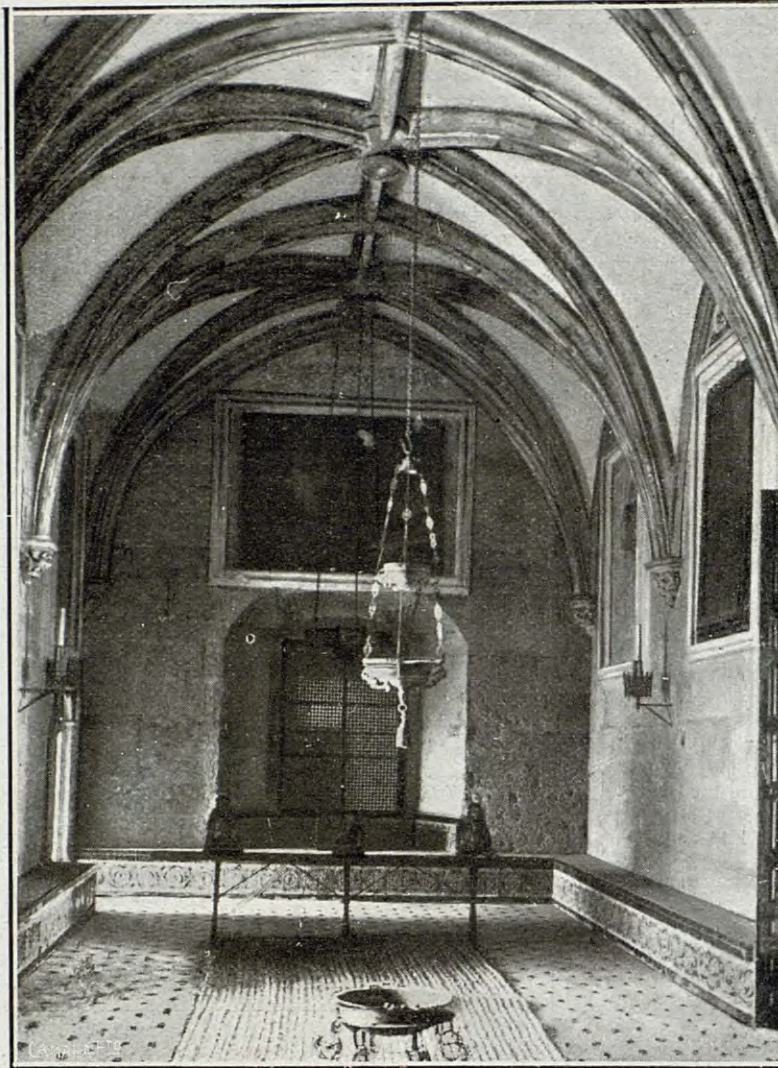
Una vista del claustro



Entrada de una de las celdas



Un rincón del claustro del siglo XV



Vista de la Sala Capitular

del Ayuntamiento de Córdoba licencia para recoger y emplear en la construcción del nuevo edificio los materiales del antiguo palacio de Medina Zahara. Así tienen fácil explicación los vestigios de estilo árabe que andando el tiempo fueron descubiertos en la fábrica conventual, entre otros un cervato de bronce que servía de adorno á la fuente del patio de las columnas.

En el transcurso de los siglos, se hicieron en el monasterio diferentes agregaciones, pero siempre se puso cuidado en que cada parte conservara las debidas proporciones artísticas. Entre sus obras principales, merece citarse el *laberinto* de tuberías de bronce y barro, caños, pocetas, reparadores y aljibes que forman una verdadera red y tuvieron por objeto distribuir las abundantes aguas de los manantiales cercanos—famosas y apreciadas por sus cualidades curativas y fortalecientes—y encauzar las aguas pluviales que resbalaban por las torrenceras de los montes próximos amenazando la solidez del edificio.

Hasta el año 1912 que lo adquirieron los marqueses del Mérito, estuvo el monasterio en lamentable estado de soledad y abandono, como tantos otros edificios que en España son víctimas de la incuria y de la ignorancia, cuando no del egoísmo y la rapacidad. Entrando por la puerta principal al patio de la Iglesia, que los monjes destinaron á cementerio, puede leerse la fecha de 1540. La Iglesia, sin embargo, es posterior al resto del edificio, pues fué edificada el año 1740 según el testimonio de una lápida existente en uno de los enterramientos. La nave está aún sin techar, aunque ya ha sido reconstruido uno de los muros laterales; ha sido también

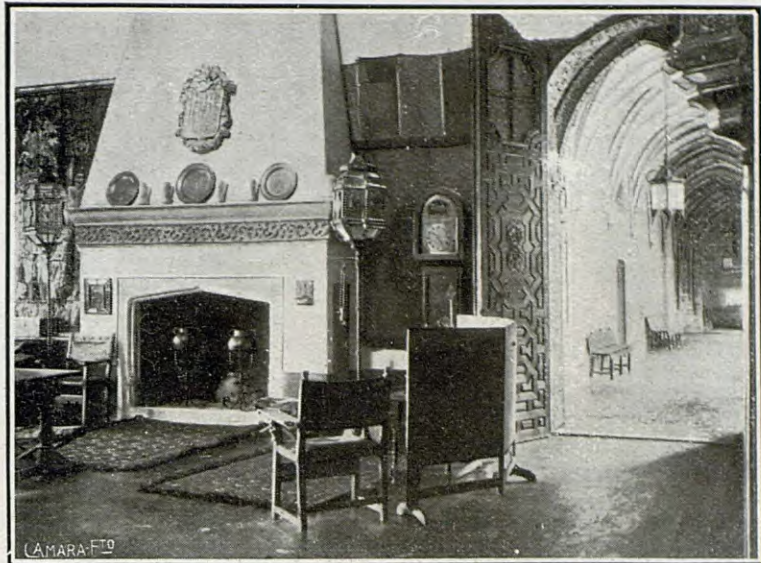
asegurada la cúpula que cubre el presbiterio y se ha retirado una muralla de escombros que aprovechaban como *puesto* los cazadores que cazaban conejos entre las ruinas. Igualmente ha sido reformado el altar formado por una losa de mármol rosa, orlada de una primorosa cenefa y ennoblecida con un escudo que ostenta las tres barras de los Córdoba y el león emblema de la Orden Jerónima. El escudo está cubierto por el capelo cardenalicio. La cancela que actualmente divide la Iglesia, está hecha con las rejas de la fachada del que fué palacio de Oñate en la calle Mayor, de Madrid.

También el claustro ha sido restaurado, observando minuciosa exactitud, y los azulejos que lo adornan, como los de otras dependencias del monasterio, son reproducción de los trozos y vestigios de los originales.

Son muy notables las hóvedas de la sala capitular y de las contiguas que forman la biblioteca; el gran salón central, que fué llamado el *De profundis* y también el *In Pace*, por reunirse en él los monjes para rezar sus oraciones á los difuntos; el refectorio, que conserva á lo largo de sus muros los poyetes que servían de asiento á la Comunidad y tiene grandes mesas de nogal que son copia exacta de un modelo del siglo xvi. En el citado salón central hay unos magníficos reposeros y sillones-mesas, de gran valor artístico y de estilo genuinamente español, y en el refectorio se conserva un cuadro de Peñalosa que representa la Última Cena. Fué pintado el año 1613 en el mismo monasterio con destino al convento de frailes Mínimos de Córdoba y siendo de propiedad particular fué adquirido recientemente por los actuales propietarios de Valparaiso. Por últi-



Entrada á la Iglesia



Vista del claustro desde el salón del "In Pace"



Cuarto de los Reyes Católicos

mo, merece ser citada la fachada Sur del edificio, de traza severa y elegante, algo parecida á la del famoso convento italiano de Asís.

En el viejo monasterio de Jerónimos han sido encontradas numerosas é interesantes lápidas aún no ordenadas ni estudiadas suficientemente. Una de las más curiosas estaba en la capilla de la Anunciata y servía de piadoso cobijo á los restos del fundador Fray Vasco Sousa y á otros monjes de los primeros que formaron la Comunidad. Otra fué dedicada por el famoso cronista Ambrosio Morales; siendo novicio del monasterio, á su padre el Doctor Antonio de Morales. Y en los muros de distintas estancias y en las ojivas del claustro, se descubren inscripciones cuyo conocimiento ha servido de poderoso auxilio para la reconstitución del edificio y para fijar con exactitud la fecha de la fundación de la histórica residencia monástica.

Su mayor importancia está en los recuerdos. En su apacible soledad buscó un remanso á sus pensamientos la Reina Católica y en él se preparó para la expedición contra Granada y á él volvió, para dejar trofeos y oraciones, cuando las victoriosas huestes cristianas habían clavado sobre los muros de la Alhambra los estandartes de la Cruz. Las mismas estancias cobijaron al César Carlos V, al segundo de los Felipes, á Carlos IV y á otras personas ungidas de realeza. Y Colón buscó también en la quietud de Valparaiso el retiro que anhelaba para calmar los que-

brantos y zozobras de su espíritu. La leyenda ha transmitido un episodio con el nombre de Gonzalo de Córdoba. Dicen que cuando el Gran Capitán sólo contaba diez y siete años y acaso no soñaba con los laureles

militares, buscó en el monasterio consuelo para su corazón afligido por un amor desgraciado. El que había de ceñir la armadura y cabalgar en briosos caballos de guerra, quería vestirse el sayal de San Jerónimo; pero el Prior fué iluminado por una profética revelación y le lanzó de nuevo al mundo, diciéndole: «Vaya con Dios, hijo, que para mayores empresas le tiene El reservado».

Todo esto se sabe y mucho más pudiera contarse del monasterio cordobés de Valparaiso, fundado por el venerable Fray Vasco de Sousa, muerto á los ciento doce años en olor de santidad y al que donó una parte de su hacienda una dama digna de rezar sus oraciones en un claustro sombreado por cedros aromáticos y mirtos seculares.

Del supremo trance de Fray Vasco de Sousa, del tránsito de la vida terrena á la vida inmortal, queda un recuerdo que parece una página de un libro santo. El humilde siervo del Señor tuvo conocimiento de su muerte y la anunció á la Comunidad con fortaleza de espíritu y serenidad de palabra, diciendo

que su padre, San Jerónimo, ya tenía dispuesto el fin de sus días. Y así fué. El monje fundador de Valparaiso no se equivocó ni en el día ni en la hora y los buenos frailes dieron por comprobada la revelación. El



Antiguo coro alto, adornado con magnificos reposteros del siglo XVI



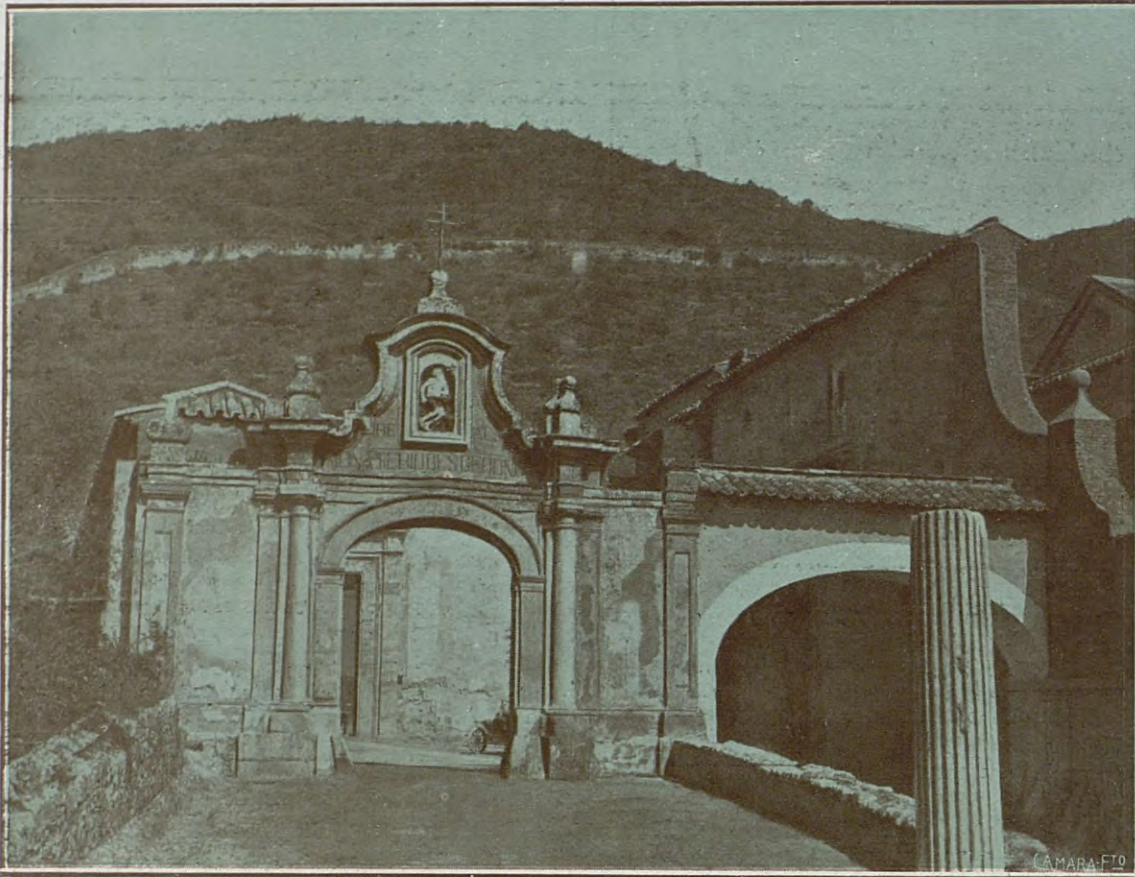
Biblioteca ó capilla de la Anunciata



Vista del salón del "In Pace"

cuerpo de Fray Vasco quedó incorrupto por algún tiempo y por su intercesión pudieron admirar sus hermanos en religión muchos milagros. El obispo de Córdoba entabló expediente de canonización, pero no logró verlo acabado por haberle sorprendido la muerte cuando hacía tan piadosas gestiones. El fundador de Valparaiso fué honrado con el título de Venerable y su nombre, aureolado por la piedad y la virtud, es un blasón de la Orden Jerónima.

El monasterio cordobés es un admirable recinto de recogimiento, propicio á todas horas á la meditación. Siempre hubo aficionados á la Historia y al Arte que visitaron las demanteladas paredes, las estancias solitarias, los claustros soñadores donde la ojiva resplandece con sonrisas



Entrada principal del monasterio

de luz. Los históricos muros están siempre envueltos en una ola de perfumes, en el aire impregnado de nardos, jazmines y azahares y bajo la cúpula de un cielo profundamente azul. Pronto, gracias á una constante labor restauradora, el convento perderá totalmente su antiguo aspecto de ruina y de abandono y ofrecerá sus innumerables bellezas á todos cuantos sepan descubrirlas y describirlas. En sus grandes salones ó bajo las arcadas de sus claustros podrán evocarse las figuras de los buenos monjes que vivieron en los lejanos tiempos místicos y heroicos. Aquellos frailes rezadores y austeros que recibieron de las blancas manos de Doña Inés de Pontevedra la limosna de la tierra en que habían de levantar su casa y su sepulcro.—J. M.



Claustro y pueria de la Sala Capitular

NUESTRAS ACTRICES



CATALINA BÁRCENA EN "LA DAMA DE LAS CAMELIAS", CUYA REPRESENTACION EN EL TEATRO DE ESLAVA HA CONSTITUIDO PARA LA ILUSTRE ACTRIZ UNO DE SUS MÁS GRANDES TRIUNFOS

FOT. KAULAK

AUTORES CÉLEBRES

MANUEL JOSÉ QUINTANA

FUÉ el más entusiasta cantor de la libertad en aquella febril y difícil transición, tránsito más propiamente dicho, del absolutismo al sistema constitucional. A semejanza del poeta griego que con sus himnos entusiasmaba á los espartanos, lanzándolos al combate y á la victoria, sin miedo á la muerte, Manuel José Quintana, que puede y debe ser considerado como el Tirteo español del siglo XIX, contribuyó grandemente con sus cantos guerreros, primero á la liberación de la patria, lanzando de ella al extranjero invasor, y luego á la conquista de la libertad, del progreso y de la civilización.

Este varón insigne, esclarecido poeta y estimable historiador, nació en Madrid el 11 de Abril de 1772, en pleno reinado de Carlos III, Rey cuya celebridad crece á medida que avanzan los tiempos: durante su reinado desaparecieron grandes abusos, se realizaron importantes obras que embellecieron la capital de la Monarquía y, sobre todo, «allí empieza la restauración de la poesía castellana», tan decadente desde el principio del siglo XVIII.

Después de su primera y rudimentaria educación, Quintana pasó á Córdoba, donde estudió con gran aprovechamiento la lengua latina; cursa después, con el mismo satisfactorio resultado, Retórica y Poética y Filosofía en el Seminario Conciliar de Salamanca y Derecho civil y canónico en su famosa Universidad. Con irresistible vocación de poeta y con gran afán inclinado al estudio de la Elocuencia y de la Historia, tuvo por maestros y directores á Meléndez Valdés y Jovellanos, que contribuyeron de modo eficaz á encauzar y disciplinar sus maravillosas aptitudes.

Ya en 1795, cuando contaba veintitrés años, publicó sus primeras poesías coleccionadas en un tomo que dedicó al conde de Floridablanca, protector decidido de los hombres de letras. Muchas de aquellas composiciones son pastoriles, género enteramente contrario á su temperamento poético, por lo cual resultan algo deficientes. En 1803 dió á luz otro volumen de versos, más inspirados y más consistentes que los anteriores; se recibió de abogado y desempeñó la Agencia fiscal de la Junta de Comercio y la Censura de los teatros de Madrid hasta la invasión de los franceses. Entonces publicó una segunda edición de su segundo libro, incluyendo en él las odas patrióticas que había dado á conocer en dos periódicos de los cuales había sido redactor jefe.

Parece como que la invasión francesa despertó su verdadero número poético, llevándole á cultivar el género grandilocuente, que era el que más se adaptaba á su efusivo temperamento y á su elevada fantasía. Uno de sus más importantes biógrafos le juzga de este modo:

«Su estilo, desnudo de toda pompa prestada, adquiere realce en la pureza de las formas, en la magnitud del asunto, en el raudo vuelo de su inspiración sublime, en la nobleza de las imágenes, en la intensidad del sentimiento. Impetuoso y entusiasta como Tirteo, grande á lo Herrera, su voz vibra en medio de una nación decadente y como galvanizada en la agonía: su afán es infundirle aliento para que recobre salud robusta y viril existencia; así se remonta su número á la esfera de pasadas edades, y con entonación vigorosa, imponente y soberana, evoca la sombra de Padilla, ensalza el heroísmo de Guzmán el Bueno, y nuevo Guttenberg, inmortaliza por segunda vez la invención de la imprenta con una de sus mejores odas. Revuelve el poeta sus ojos en rededor de la tierra, y viéndola agitada por sacudir el yugo de la servidumbre, le indigna el letárgico sueño del león de España y pugna por irritar su coraje y restituirle su indómita pujanza, á fin de que no acuda el postrero á la ínclita empresa.»

«¡Oh! Su cántico majestuoso derrama en los corazones sencillos la semilla de la gloria, y pródigo el cielo la fecunda!»

En esas pocas líneas está magistralmente ana-

lizado el que con justicia puede ser llamado cantor de la independencia española y heraldo de la libertad. Para despertar y excitar el entusiasmo patriótico, é inspirándose en la inmortal epopeya de Covadonga, traza su tragedia *Pelayo*, «símbolo del espíritu de independencia inalterable en los españoles» y el más grande poema dramático del siglo XIX. Al representarse el *Pelayo* obtuvo un éxito resonante y clamoroso. Esta tragedia y sus odas á la imprenta y al mar son sus obras más importantes. Merece también mención especial su himno titulado *Libertad ó muerte*, escrito con motivo de la abdicación de Carlos IV en Aranjuez.

Antes de representarse el *Pelayo* había dado al teatro *El Duque de Viso*, drama para cuya composición tomó de una obra inglesa algunas situaciones y pasajes interesantes que, aunque de positivo efecto, carecían de la grandeza trágica que requiere el asunto. Aunque según el testimonio de Ferrer del Río, *El Duque de Viso* fué muy del agrado del público, al ser representado, Quintana no estaba satisfecho de esta obra.

Su *Colección de poesías selectas*, publicada el



D. MANUEL JOSÉ QUINTANA

año de 1823, y los dos tomos destinados á reunir los dos trozos más escogidos de las epopeyas castellanas, dados á luz algún tiempo después, son un monumento literario que pone el sello á su reputación de poeta inmortal.

La misión cumplida por Quintana en España es enteramente igual á la que cumplió Beranger en Francia; ambos insignes poetas lucharon denodadamente contra la tiranía, dirigiéndose, respectivamente, á sus compatriotas en la forma adecuada á su carácter, temperamento, inclinaciones y costumbres. Francia (dice el biógrafo antes aludido), nación ligera y veleidosa, cantando vive, cantando lidia y cantando muere: acepta canciones para expresar sus venturas y pesares; Beranger la ha dado brindis para sus festines, endechas para sus quebrantos, cánticos para sus combates, himnos para sus victorias... España, nación austera y grave, necesita un poeta belicoso, cuya entonación *airada* y *fiera* esté en armonía con el fragoroso hervir de sus torrentes y con el rugido de los vientos en las cavidades de sus rocas, y ese poeta no podía ser otro que Quintana... en aquellas circunstancias.

Si como poeta estuvo á la altura de su elevada misión, como historiador deja algo que desear en lo tocante á sus narraciones sobre la conquista de América. Su obra titulada *Vidas de españoles célebres* se compone de tres tomos, y en gran parte de ellos ocupan lugar señalado varones ilustres de la tierra americana. Reconoce Quintana, estando en ello de acuerdo con algunos escritores extranjeros, «que las calamidades de que fueron víctimas los indios deslustran el laurel de los conquis-

tadores», y, tratando de atenuar tales faltas, escribe:

*Su atroz codicia, su inclemente saña,
crimen fueron del tiempo y no de España.*

En todo lo que se refiere á América, se ve que no tenía Quintana un sentido claro de lo que son y deben ser las guerras de conquista, aun tratándose de los países más libres y civilizados, guerras siempre violentas y crueles y nunca justas, aunque alguna vez sean convenientes.

Brilla Quintana en todo su esplendor y como astro de primera magnitud, como poeta lírico, cantor de la libertad y defensor de la independencia española. Por cierto que Fernando VII, el monarca á quien sus súbditos llamaron *el Deseado*, recompensó los altos méritos y eminentes servicios del gran Quintana metiéndolo en la cárcel en cuanto volvió del destierro, una vez libre el territorio español del yugo extranjero.

Sabido es que Fernando VII, ya desde Valencia y por decreto del 4 de Mayo de 1814, anuló las Cortes, la Constitución y todos sus decretos y disposiciones, mandando que todo volviese al ser y estado que tenía en 1808. Entró en Madrid el 13 de dicho mes, y el 14 ya estaban en la cárcel todos los liberales conocidos y de verdadera importancia.

Después de referir que no pudieron verificarse en los teatros del Príncipe y de la Cruz las funciones anunciadas, por haber sido encarcelados de orden del Rey los actores Isidoro Máiquez y Bernardo Gil, dice Mesonero Romanos en las *Memorias de un setentón*:

«Como ellos también, y repartidos en las diversas prisiones y cuarteles de Madrid, hallábanse aprisionados los eminentes poetas, los insignes cantores de la Patria, de la libertad é independencia española y del mismo Fernando VII, Quintana y Gallego, Beña y Sánchez Barbero, Sabiñón, Solís, Tapia, etc., así como brillaban por su ausencia los que, como Meléndez Valdés, Moratín, Reinoso, Lista y otros, tuvieron la desgracia de seguir el partido francés; con que quedaba el Parnaso español desamparado y baldío, y el templo de las Musas falto de sacerdotes y entregado á los buhos y lechuzas que se albergaban en sus desvanes y quebraduras.»

Quintana pasó de las cárceles de Madrid á los presidios de África, y no recobró la libertad hasta la Revolución de 1820, es decir, estuvo preso seis años, sufriendo toda clase de trabajos y privaciones y algunas enfermedades graves. Así se premiaba entonces el genio, el talento, el patriotismo y el amor á la libertad.

Tres años después, en 1823, huyendo de los peligros de la reacción, hubo de refugiarse en Extremadura, donde á la sazón residía su familia paterna, y allí, en el forzado reposo que le imponían las circunstancias políticas, corrigió y coleccionó las poesías selectas de que se habla más arriba. Sin las vicisitudes que por sus compromisos políticos ha padecido (dice Ferrer del Río), «seríamos hoy poseedores de tres tragedias suyas, *Roger de Flor*, *Blanca de Borbón* y *El príncipe de Viana*, purgadas sin duda de defectos y lunares, patentes en las anteriores, como fruto de la experiencia adquirida en edad madura.»

Muerto Fernando VII, obtuvo Quintana todos los honores y todas las preeminencias. Fué director general de estudios en 1835, senador del reino en diversas legislaturas, director de la enseñanza de Isabel II, presidente del Consejo de Instrucción pública y presidente honorario de todas las Academias y corporaciones literarias...

Fué coronado en vida (como muchos años después D. José Zorrilla) y murió en Madrid en 1857, á la avanzada edad de ochenta y cinco años, rodeado de la admiración, del respeto y del cariño de propios y extraños.

FRANCISCO FLORES GARCIA

LA ESFERA

ARTE MODERNO



FRIVOLIDAD, dibujo de Xavier Güell

NUESTRAS VISITAS

¡LOS CURAS POBRES!



Los dos curas más viejos acogidos en el Hospital de "Los Naturales"

Fué en una de estas pasadas tardes, entre dos luces y entre nieve y agua.

Yo me había detenido ante el escaparate de una tienda de juguetes—no hay contemplación que más me agrade—en plena calle de Alcalá. Mis pupilas saltaban del tigre enfurecido á la bobalicona sonrisa del bebé, cuando escuché á mi lado una voz angustiosa que, vergonzantemente, imploraba:

—Caballero, una limosna para socorrer á este desgraciado ministro del Señor.

Volví la cabeza sorprendido y me encontré con un sacerdote! Pequeño, enjuto, de tez sucia y tostada y de hábitos pardos, rajados y llenos de barro.

Seguía con su mano apergaminada y sarmen-tosa extendida en actitud de implorar. Ante la insistencia de mi mirada, bajó la suya avergonzado de la impresión desagradable que me estaba produciendo su pobreza.

—Pero, ¿es usted efectivamente un sacerdote? —le pregunté sorprendido.

—Sí, señor; lo soy—me respondió tristemente.

—Caramba, ¿y cómo es posible que se halle usted en ese estado?—inquirí lleno de extrañeza.

—Ya ve usted, caballero; soy muy desgraciado—se concretó á murmurar humildemente.

—¿Le han recogido á usted las licencias para decir misa?

—No, señor, no—exclamó rápido—; pero no tengo en donde decirla, y ¡llevo días sin comer! Ya, cuando doy este paso, es que no puedo más. Con mis licencias y mis hábitos y mi fe en Dios y mi espíritu bondadoso, me siento morir de necesidad si las almas caritativas no me socorren.

Las palabras del sacerdote eran sinceras y de sus ojillos pequeños manaban lágrimas.

—Usted no es de Madrid. ¿Cómo se encuentra usted aquí?

—He venido andando desde un pueblecillo de León.

—¿Y qué hacía usted allí, y á qué ha venido usted aquí?

—Allí me moría de hambre, pues sólo reunía nueve duros mensuales para sostener mi casa, compuesta de mi madre, mi hermana y yo. Los convecinos, se reían ya un poco de mí, porque iba suciamente vestido, con estos andrajos que usted ve, y porque mi madre y mi hermana tenían que asistir á las casas para lograr, lavando ó fregando, un miserable jornal. Esto era muy triste; pero ¿qué íbamos á hacer? Yo hubiese querido vivir con el decoro correspondiente á mi ministerio, mas no tenía medios para ello. Creyendo que en Madrid hallaría algún hueco, me puse en camino y aquí me encuentro desde hace meses más desamparado, más desvalido y más hambriento que en el pueblecito de León. Ya ve usted, vivo de la caridad pública implorada con esta mano que debieran besar los fieles cristianos y que apartan á su paso.

—Pero ustedes los sacerdotes, ¿no tienen una Asociación ó Asilo en donde refugiarse en estos casos?

—No, señor; sólo existe un hospital de curas: el Hospital General de San Pedro, para señores sacerdotes, situado allá en lo alto de la calle de San Bernardo. «Los Naturales», que le llaman. Es una fundación modelo, sí, señor; pero claro, es requisito indispensable para ingresar en ella estar enfermo; yo todavía no lo estoy; no tardaré mucho en coger una pulmonía doble; pero hasta entonces tengo que implorar una limosna ó caer muerto de hambre. ¿No le parece á usted?

El caso era verdaderamente extraordinario y llenaba de angustia el corazón más frío é indi-

ferente. Un ministro del Señor que se moría de hambre. Un pregonero de la fe cristiana que tenía que implorar una limosna en la vía pública. Un sacerdote de la iglesia católica que no tenía hogar en donde guarecerse en un día de nieve. Y esto en un país como España, extraordinariamente religioso y en donde los templos del culto son suntuosos palacios y el tesoro de la Iglesia incalculable.

Le di una limosna al mendigo de hábitos tales.

—Tome usted—le dije—, y váyase esta noche á dormir á la escalinata del altar mayor de San José ó de los Luises. Yo creo que no le echarán.

Y nos separamos. Pero en mi imaginación quedó fija la idea de visitar, al día siguiente, el Hospital General de San Pedro para señores sacerdotes, tan ponderado por el pobre cura...

—Aquí, al lado del radiador, estará usted más cómodo—me invitó.

Yo obedecí, dejándome caer en una mullida butaca. El sacerdote fué después á un armario y vino con una caja de cigarros. Aceptamos uno.

La habitación era amplia y muy alta de techo. Despacho ó gabinete de recibir comunicaba, por medio de una puertecita de escape, con la alcoba del cura, que era una celdita clara y limpia, sahutada de espliego.

—Padre, ¿usted es el Director de este establecimiento?—comencé preguntándole.

—No, señor. En esta casa hay Rector, Vicerector y Secretario. El señor Rector se encuentra algo enfermo y no recibe á nadie; por cuya razón yo, que soy el Vicerector, tengo la fortuna de ponerme á sus órdenes para informarle de todo lo relativo á esta institución.

Y al mismo tiempo que decía esto se acomodaba en la otra butaca frente a mí.

Es este sacerdote, pequeño, grueso y extraordinariamente simpático. Habla con llaneza y corrección y al mismo tiempo, con sus ojos menudos y muy vivos fijos en los de su interlocutor, va buceando las impresiones que produce su conversación.

Empecé contándole el caso que me había ocurrido la tarde anterior. El lo lamentaba con las manos cruzadas sobre el pecho en una actitud muy mística.

—Es muy sensible—murmuró discretamente—, muy sensible.

—¿Y de quién es la culpa de que haya sacerdotes pidiendo limosna?

—Yo le agradeceré a usted que me releve de hablar de eso. No soy quién para comentarlo por ser sacerdote y, por lo tanto, parte interesada. Además, nosotros tenemos también nuestra disciplina.

—Pero si se reformase el arancel de la Iglesia, que ofrece desproporciones tan grandes, seguramente se evitarían estos espectáculos.

—Seguramente—se concretó a afirmar.

Hubo un breve silencio. La habitación olía a incienso. Un crucifijo que se alzaba sobre la mesa del despacho parecía mirarnos piadosamente. Unos peces de colores coleaban infatigables dentro de una gran pecera que había sobre un velador. Desde el balcón se contemplaba un jardín esquelético y pajizo.

Volvimos a la conversación.

—¿En qué año fué instituido este hospital?

—La Congregación fué formada el año 1619 por el presbítero madrileño D. Jerónimo de Quintana. Compadecido este insigne y caritativo sacerdote del misérrimo estado de algunos de sus hermanos en el santo Ministerio, quienes para subvenir a las más perentorias necesidades de la vida se veían precisados a implorar la caridad pública ó a ejercitarse en obras lícitas en sí y honrosas, pero indignas de su elevado carácter; lleno su magnánimo corazón de entrañable amor hacia los que por su avanzada edad y achaques consiguientes, solos y abandonados, carecían de recursos materiales, acarició la idea de fundar esta Congregación de sacerdotes seculares naturales de Madrid, poniéndola bajo la advocación del Príncipe de los Apóstoles, San Pedro, a cuya sombra logran descanso y consuelo los curas desvalidos. ¿Y sabe usted el hecho que impulsó a Quintana a la realización de su proyecto?

—No sé, padre.

—¡Ah!, pues es curioso. Algo parecido a lo que usted me acaba de contar que le ocurrió anoche con el sacerdote de León. Iba el padre Quintana por la calle, cuando quedó sorprendido por un espectáculo sumamente doloroso. En las parihuelas de los pobres pertenecientes a la Parroquia de San Millán, era conducido un cadáver a su última morada; sobre la tapa de la camilla se divisaba un bonete; interesado el padre Quintana, siguió al fúnebre cortejo y al llegar al cementerio convenciónse de que, en efecto, el cadáver era de un sacerdote tan pobre que ni mortaja pudo llevar. «Semejante espectáculo—dijo entonces el padre Quintana—no se ha de repetir jamás en Madrid». Y no se repetirá si no es por desconocimiento ó descuido de quienes hayan de intervenir en tan doloroso trance. Desde entonces acá la Congregación acude al lugar de miseria en donde hay un sacerdote. Poco después se estableció este hospital, en donde se recogen y alimentan a los sacerdotes enfermos ó impedidos pobres.

—¿Siempre estuvo en este edificio?

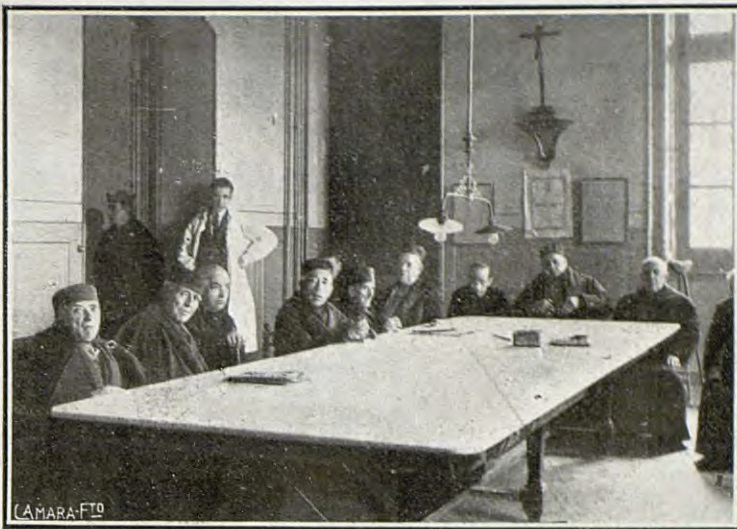
—Quíá, no, señor. Este edificio que, como verá usted, es muy capaz y suntuoso, fué construido a expensas de la Congregación en el año 1902; hasta entonces, el hospital estuvo situado en la calle Torrecilla del Leal.

—Luego ¿esto no es Asilo, sino sólo hospital?

—Sí, señor, es hospital; pero un hospital asilo. Aquí, al sacerdote pobre y enfermo que entra, casi nunca se le da el alta como no tengamos la seguridad de que fuera ha de estar bien.

—¿Es preciso para ingresar que el sacerdote sea madrileño?

—¡Oh!, no, señor. El benéfico influjo de esta casa se extiende por igual a todo sacerdote, sea



Los sacerdotes en el refectorio después de la comida

ó no madrileño, diocesano ó extradiocesano, secular ó regular. Quienes tienen que ser hijos de Madrid son los que compongan la Congregación.

—¿Y se necesitan muchos requisitos para ingresar?

—Ninguno. Ser sacerdote pobre y enfermo y solicitarlo con un certificado facultativo y documento de su Prelado ó al menos del Arcipreste en el que conste que el solicitante es sacerdote.

—¿Se admiten toda clase de enfermos?

—No, señor. Hay enfermedades que aquí no pueden ser tratadas con éxito, como son las mentales agudizadas y alguna que otra contagiosa; pero sin embargo, en este sentido, abrimos la mano un poco; ¡es tan agradable hacer bien!

—Y a pesar de estar aquí los sacerdotes, ¿pueden decir misa?

—No, señor. El enfermo admitido en este hospital no puede celebrar la Santa Misa durante su estancia. El día de su ingreso ó en los inmediatos, si se halla en disposición, recibirá los Santos Sacramentos y hará su disposición testamentaria si antes no la hubiese otorgado.

—¿Pueden ser visitados?

—Ya lo creo. Por sus familias y conocimientos los miércoles y domingos; los sacerdotes pueden visitarlos todos los días.

—¿Cuántos enfermos hay en la actualidad?

—Trece. En su mayoría son enfermos incurables, pues están en las garras de la vejez y sus males son achaques de los años, que van en aumento. ¿Quiere usted visitarlos?

—Lo estaba deseando—acepté encantado.

El amable Vice rector se puso de pie.

—Cúbrase—me invitó—, por las galerías de esta casa hace mucho frío, porque la calefacción que tenemos es insuficiente.



El Vice rector del Hospital-Asilo, en su despacho
FOTS. SALAZAR

—¿Usted habita aquí?

—Sí, señor. El señor Rector y yo estamos obligados a ello; el secretario no.

Abandonamos la habitación y salimos a una amplia galería muy austera que recordaba las de los claustros.

—Ve usted—me dijo el sacerdote mostrándome unas celosías de madera situadas en los muros y que daban a un templo—. En esa Iglesia, que pertenece al edificio, está la Parroquia de los Dolores. Desde aquí puede oírse misa.

Asomé la cabeza. Tres campanillazos secos llevaron mi vista al altar mayor en donde se estaba celebrando la Misa de once. Por las naves del templo había centenares de fieles.

Continuamos por la galería; al final penetramos en una espaciosa sala llena de luz y de alegría. A los lados, paralelamente, había colocadas un par de docenas de camitas de hierro, muy blancas y muy limpias, con sus mesitas de noche a las cabeceras, todo presidido por un altarcito y una imagen. Olfía un poco a vejez humana.

—Esta es la enfermería—me dijo el Vice rector. Desparados por la habitación, unos leyendo, otros rezando, otros meditando bajo la caricia de un rayo de sol, había una docena de viejecitos sacerdotes, en su mayoría tan ancianos que necesitaban el auxilio de las hermanas de la caridad que con sus hábitos blancos parecían palomas que revoloteaban de un lado a otro.

Don Félix Gila, el practicante, un muchacho joven y entusiasta, metido dentro de su blusa blanca, vino a nuestro lado y me fué informando amablemente de todos los casos.

—Aquel viejecito es un santo; su enfermedad es la vejez. Tiene ochenta y cinco años. Nunca habla; no hace más que rezar, y siempre lleva ese devocionario abierto por la misma página. Me acerqué al viejecito indicado. Una dulce hermana de la caridad le daba una taza de caldo.

—¿Qué hay, padre?—le pregunté en voz alta. El hizo un gesto de mansedumbre cristiana. Después murmuró:

—Hijo mío, ya ves, esperar la voluntad de Dios.

—Dicen que es usted un santo...

—Me quieren mucho. Son muy buenos.

—¿Cómo se llama usted?

—Angel Bollos.

Y al apacible viejecito le temblaban las manos y la voz y los labios como si en su cuerpo no quedase ya más que un suspiro de vida.

—¿Qué lee usted, padre?

Por toda contestación ofreció a mi vista su devocionario. Era *El espíritu de San Francisco de Sales*.

—No me he separado nunca de este libro. Quiero que se me entierre con él.

—Es un santito... Un santito—murmuró, para que yo sólo me enterase, una de las hermanas.

Volví la cabeza porque me llamaba la atención el joven practicante.

—Este otro es un melancólico. Es el cura de San Millán que tanto tiempo anduvo por las calles y le llamaban los chicos *el cura loco*.

Al darse cuenta el aludido de que le observábamos vino a nosotros exclamando:

—¡He sido muy malo! ¡Estoy enfermo! ¡He sido el mismo demonio! Tengo el alma devorada por los vicios. No merezco perdón ni misericordia. Espero a la muerte.

El infeliz enagenado decía esto a voces, y sus gestos desesperados producían calofríos.

—De los enfermos que hay ahora, ¿se curará alguno?—le pregunté al practicante.

Hizo un mohín pesimista y exclamó:

—¡Son tan viejos! Hay uno joven, aquél—y me llevó la vista hacia uno más joven, pero extremadamente demacrado y encogido—, que es tuberculoso en tercer grado.

—¡Pobre!—deploré.

Después, uno a uno, fuimos hablando con todos los enfermos. No hubo ninguno que no se mostrase extraordinariamente satisfecho del desvelo con que son cuidados en este benéfico establecimiento.

Dieron las once y el Vice rector me dijo:

—Es la hora de la comida. Con permiso de usted voy a bendecir la mesa.

La Moda a través de los siglos
Páginas amenas de la Perfumeria Floralia..



PARA la mujer elegante ha sido, es y será siempre tema de preferente interés, de verdadera actualidad, todo lo que se relacione con la Moda.

En esta sección trataré no sólo de la moda del día, sino de la que dominó durante los siglos XVI al XX. ¡Hay tantas cosas interesantes en modas y mujeres de otros tiempos! Con esto os evitaré, si alguna vez necesitáis recurrir á ellas, la ingrata rebusca en bibliotecas y libros viejos.

No hemos sido en España siempre tan vasallos de la moda francesa como en la actualidad; también hemos tenido nuestra moda; una moda netamente española, refinada y suntuosa que copiaban sumisas las elegantes extranjeras.

Habiéndose casado distintas princesas españolas con soberanos y altos personajes de varias cortes europeas, es natural que dieran á conocer en lejanas tierras la belleza y ostentación de nuestra indumentaria.

En la época á que me refiero (mitad del siglo XIII) fué la reina Leonor de Castilla, segunda mujer de Francisco I, el árbitro de la elegancia y la que introdujo en la nación francesa tres importantes detalles en la «toilette» femenina que se apresuraron á adoptar, encantadas, las damas francesas.

El sombrerito de terciopelo llamado «á la española», el verdugado (falda interior hecha con grueso cañamazo) que tenía por objeto armar la saya de encima, y (una idea bien femenina) añadió al contenido de la escarcela el espejito, indispensable desde entonces en el bolso de toda mujer, detalle en el cual (cosa increíble) no habían pensado las coquetas francesas que llena-



ban su escarcela con «pan bendito» en la misa de galló, llaves, una aguja con hilo, dos dientes suyos ó de algún antepasado, media nuez moscada y una receta de algún charlatán «para ahuyentar la fiebre».

Esta reina causó sensación á su entrada en Burdeos vestida con un traje «á la moda española» de terciopelo carmesí cuajado de pedrería y una cofia de malla de oro de la cual, recogidos con perlas, pendían sus cabellos, que le llegaban hasta el suelo; y unos días después lucía en Angulema un precioso vestido de raso blanco y profusión de joyas.

Una adorable y menudita belleza de aquella época consiguió con su ingenio el milagro de crecer veinte centímetros de un golpe. Aprovechándose de que los trajes eran sumamente largos y rígidos se mandó hacer un calzado con una suela de una cuarta de altura, con la cual logró la estatura apetecida. Algunas siguieron su ejemplo, consiguiendo una talla ficticia que las encantaba. Con ésto y con un alargamiento exagerado del busto creyeron las damas de aquel tiempo haber dado en el quid de la belleza femenina.

De la suntuosidad del traje de la mujer en aquella época da idea exacta el retrato de Doña Isabel de Portugal, esposa de Carlos V, existente en el museo del Prado. La emperatriz viste un riquísimo traje de terciopelo

y tisú de oro, adornado con anchas franjas del mismo metal y profusión de pedrería. Un magnífico collar de perlas descendiendo del cuello y está sujeto por un gran broche; mangas perdidas forradas de raso carmesí y prendidas con valiosos joyeles, y, á trechos, sobresale la ropa blanca interior. En esta delicada y exquisita figura está reconcentrada toda la riqueza y toda la elegancia de la época. Es el mejor documento gráfico que pudo dejarnos el pincel de Tiziano.

La ostentación fué la característica de aquel siglo; parecía que querían llevar encima todas sus riquezas convertidas en collares, cordones de pedrería, hilos de perlas y toda clase de joyas. La «toilette» de una dama era cosa complicadísima y de un valor de muchos miles de duros.

Sin embargo, no hay que extrañarse del lujo que las damas españolas desplegaron, si recordamos que nuestra patria estaba en el apogeo de su grandeza y era la nación más rica y más poderosa de Europa.

MAR DE MUN

